

Relatos del alma rusa



Andréiev

Bábel

Bulgákov

Chéjov

Garshin

Gorki

Kuprin

Pushkin

Zoschenko

MALDOROR ediciones



ANDRÉIEV BÁBEL BULGÁKOV CHÉJOV
GARSHIN GORKI KUPRIN PUSHKIN
ZOSCHENKO

RELATOS DEL ALMA RUSA

Traducción:
Jorge Segovia y Violetta Beck

MALDOROR ediciones

La reproducción total o parcial de este libro, no autorizada
por los editores, viola derechos de copyright.
Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

Título de la edición original:

Izbrannye rasskazy

Izdatelstvo AST, Moskva 2001 et al

© Primera edición: 2009

© Maldoror ediciones

© Traducción: Jorge Segovia y Violetta Beck

ISBN 13: 978-84-96817-87-6

MALDOROR ediciones, 2009
maldoror_ediciones@hotmail.com
www.maldororediciones.eu

ÍNDICE

<i>El regalo</i> , Leonid Andréiev	9
<i>El despertar</i> , Isaak Bábel	23
<i>Proyecto para una ley seca en Moscú</i> , Mijaíl Bulgákov	33
<i>Una sesión de hipnotismo</i> , Anton Chéjov	43
<i>La flor roja</i> , Vsevolod Garshin	47
<i>Sueño de una noche de invierno</i> , Maksim Gorki	69
<i>La pesadilla</i> , Aleksandr Kuprin	79
<i>El duelo</i> , Aleksandr Pushkin	91
<i>La psiquiatría</i> , Mijaíl Zoschenko	107

RELATOS DEL ALMA RUSA

LEONID ANDRÉIEV

EL REGALO

I

– Vuelve –suplicó Senia por tercera vez.

Y por tercera vez Sazonka acabó respondiendo:

– Pues claro que volveré. No te inquietes. Ya te lo dije.

Y de nuevo guardaron silencio.

Senia estaba acostado en posición decúbito supino, cubierto hasta el mentón por una sábana gris del hospital, y no apartaba los ojos de Sazonka. Deseaba que su visitante permaneciese allí todo el tiempo posible, que no se marchase. Sus ojos parecían implorar la promesa de que no le dejaría abandonado a la soledad, al dolor y el miedo.

No obstante Sazonka se aburría y estaba deseando marcharse, pero no sabía cómo hacerlo sin disgustar al muchacho enfermo. Tan pronto empezaba a levantarse de la silla con el firme propósito de irse, como se sentaba de nuevo decididamente, igual que si lo hiciese para toda la vida.

Se quedaría unos minutos más si tuviera de qué hablar, pero no sabía qué decirle al enfermo, y lo que se le ocurría era tan estúpido que se sentía avergonzado. Por ejemplo, todo aquel tiempo estuvo nombrando a Senia por su nombre y patronímico –Semion Yerosieievich–, lo que era una inmensa tontería, porque Senia no era más que un aprendiz, mientras Sazonka era ya el ayudante del maestro y, por añadidura, bebedor de vodka, y si le seguían llamando Sazonka era por una vieja costumbre que con el tiempo había arraigado. Se consideraba poco menos que jefe de taller, y no hacía quince días que le había gastado a Senia la última broma. Desde luego, aquello no había estado bien, y tampoco era cosa de ponerse a hablar de ello.

Sazonka trató de levantarse resueltamente de la silla, con intención de irse, pero no llevó a cabo esa acción y volvió sobre su acuerdo, adoptó una postura relajada y dijo en un tono que no se sabía si era de reproche o de consuelo:

– ¡Menuda vida! ¿Te duele?

Senia movió afirmativamente la cabeza, y dijo con voz débil:

– Bueno, tienes que irte ya; o te reñirán.

– Sí, es verdad –afirmó Sazonka, contento de encontrar un pretexto para marcharse–. Ya me lo advirtió el maestro: “No se te ocurra volver tarde –me dijo–. Lo saludas, y vuelves enseguida. ¡Y cuidado con la vodka!” Eso me dijo el demonio del viejo.

Ahora sí podía irse cuando quisiera, pero aquel pobre muchacho le daba mucha lástima. ¡Aquel cabeza dura de Senia!

Todo cuanto veía allí le inspiraba lástima: la apretada fila de camas, en las que yacían hombres pálidos y tristes; el aire impregnado de olor a medicinas y respiraciones de enfermos, la sensación, en fin, de su propia fuerza y salud.

Y sin soslayar la mirada implorante del muchacho, se inclinó hacia él y dijo con voz firme:

– Escucha, Semion... Senia. Te lo digo yo, ¿sabes? Vendré, puedes estar seguro. En cuanto tenga un momento libre, vendré. ¿Crees que no me doy cuenta? ¡Vaya si me doy cuenta! No tendría corazón si... En fin, como te digo... ¿Me crees?

En los labios ennegrecidos y secos de Senia se dibujó una sonrisa enfermiza.

– Sí –contestó.

– Ya verás como vengo. ¡Qué diablo! ¿Crees que no me doy cuenta?

Ahora se sentía menos inhibido, hasta con ánimos para hablar de la broma que le había gastado a Senia quince días antes. Y posando suavemente el dedo en el hombro del muchacho, le dijo con tono amistoso:

– Si se me fue la mano y te di un cachete, no fue por mala voluntad, ¿sabes? Sencillamente, es que tu cabeza despierta el deseo de soltarle unos coscorrónes; es tan extraña, grande y rapada... Senia sonrió de nuevo.

Finalmente Sazonka se levantó. Era muy alto, y su abundante mata de pelo le cubría la cabeza como un gorro. Sus ojos grises dirigían miradas fulgurantes a un lado y otro, y parecían reír.

– Bueno, hasta pronto –dijo en tono cariñoso.

Sin embargo, permaneció inmóvil. Quería demostrarle a Senia su afecto con un nuevo gesto de ternura, hacer algo tras lo cual Senia ya no temiese quedarse solo y así poder marcharse con la conciencia tranquila.

Visiblemente confuso y azorado, se inquietaba sin terminar de despedirse.

Pero fue Senia quien puso fin a sus vacilaciones.

– Hasta pronto –dijo con su voz atiplada.

Con absoluta sencillez, como un hombrecito, sacó la mano de debajo del cobertor y se la tendió con aire indiferente a Sazonka.

Y Sazonka, al darse cuenta de que eso era lo que le faltaba para irse con la conciencia tranquila, estrechó respetuosamente los finos dedos del muchacho con su enorme mano, y después, suspirando, los soltó. Había algo triste y enigmático en el hecho de estrechar aquella mano calenturienta y débil, algo así como el reconocimiento implícito de que Senia era, no ya igual a todos los hombres, sino incluso superior, más importante, pues dependía ahora de un amo desconocido, pero grande y todopoderoso. Entonces se podía llamar al muchacho por su nombre y patronímico: Semion Yerosieievich.

– Volverás, ¿verdad? –preguntó por cuarta vez Senia.

Esta pregunta disipó instantáneamente aquella especie de misterio majestuoso y terrible que, durante un momento, había desplegado sobre el muchacho y los ojos de Sazonka sus alas protectoras. Senia volvió a ser el muchacho doliente, y el corazón de Sazonka de nuevo se sintió invadido por la piedad.

Una vez fuera del hospital le parecía seguir aspirando aquel olor a medicinas y continuar oyendo la voz implorante de Senia:

– ¡Espero que vuelvas!

Y aunque nadie podía ya oírle, Sazonka repetía en un tono de convicción:

– ¡Claro que volveré! ¿Crees que no tengo corazón?

II

Las Pascuas estaban a la vuelta de la esquina y los sastres tan atareados que Sazonka no pudo emborracharse más que una vez el domingo, y muy ligeramente. Días enteros, largos y luminosos, desde el amanecer hasta la anochecida, y con frecuencia hasta medianoche, permanecía trabajando junto a la ventana, con las piernas cruzadas al modo turco, frunciendo las cejas y silbando malhumorado.

Por la mañana no daba el sol en la estancia y el aire estaba fresco, pero hacia el mediodía el sol empezaba a resplandecer en la ventana, en un estrecho guión que se llenaba de un polvillo dorado y, a medida que pasaban los minutos, se agrandaba, hasta abarcar la ventana entera; los pedazos de tela, las tijeras, todo cuanto había sobre el antepecho brillaba de un modo deslumbrador y el calor se hacía sofocante.

Sazonka habría la ventana y enseguida la pieza era invadida por un aire fresco que olía a estiércol, a barro seco y árboles en flor. Una mosca, débil aún, embriagada de sol, irrumpía en la estancia, cuyo silencio turbaban, al mismo tiempo, su zumbido y el ruido confuso de la calle. Bajo la ventana las gallinas cacareaban muy excitadas, picoteando en el suelo en busca de gusanos. En el lado opuesto de la calle, donde el sol había secado el barro, los chiquillos jugaban a los tejos y resonaban en el aire sus gritos sonoros y belicosos.

La calle, que estaba en un extremo de la ciudad, tenía escaso tránsito rodado. De tarde en tarde pasaba algún campesino de las cercanías en su carro y sin apresurarse; el carro se tambaleaba al hundir las ruedas en los baches, todavía llenos de lodo, y producía un ruido que evocaba la vasta amplitud de los campos.

Cuando Sazonka comenzaba a sentir dolor en la espalda, y sus dedos, entumecidos, no podían sostener la aguja, bajaba corriendo descalzo a la calle y dando ágiles saltos sobre los charcos llegaba junto al grupo de muchachos que estaban jugando a los tejos.

– Dejadme jugar un poco –les decía.

Una docena de manos le tendían los pequeños discos de hierro con que se derribaban los huesos, y numerosas voces le gritaban a un tiempo:

– Toma el mío, Sazonka. ¡El mío!

Sazonka cogía el más pesado, se remangaba, adoptaba una postura atlética y entornando los ojos medía la distancia. Luego lanzaba el disco, que con un ligero silbido iba a parar en medio de la larga hilera de huesos derribando varios de éstos; los chicos prorrumpían en gritos de admiración.

Después de algunas jugadas afortunadas, Sazonka se secaba el sudor de la frente, y dirigiéndose a los muchachos decía:

– ¿Sabéis que Senia sigue en el hospital?

Pero los chicos, absortos en su juego, acogían estas palabras fríamente, con indiferencia.

– Habría que llevarle algo. Yo le llevaré un regalo –añadía Sazonka.

Estas nuevas palabras despertaban cierto interés entre los chicos. Mishka, *el Cerdito*, sosteniéndose con una mano los pantalones que se le caían, y con un puñado de canicas en la otra, decía con aire serio:

– ¡Llévale diez kopeks!

Era la suma que acababa de prometerle su abuelo, y que para él constituía el colmo de la dicha a que podía aspirar un mortal. Pero Sazonka no podía perder el tiempo en aquellas conversaciones. Y volviendo a saltar sobre los charcos con ágiles brinco, regresaba a su casa y se ponía de nuevo a trabajar.

Se le hincharon los ojos, perdió el color, como si se encontrase enfermo, y las pecas que tenía en su rostro se hicieron más visibles. Sólo su abundante pelo, que le cubría la cabeza como un gorro, conservaba su aspecto alegre y triunfal. Cuando su maestro, Gavril Ivanovich, le miraba, Sazonka empezaba a pensar, no se sabe con qué motivo, en la taberna y la vodka que se bebía en ella. El recuerdo era tan tentador que, para desahogarse, se ponía a escupir y a jurar como un condenado.

A menudo sentía como un peso en la cabeza. Se pasaba días enteros dándole vueltas sin cesar a cualquier idea. Tan pronto pensaba en comprarse un acordeón como en encargarse unas botas. Pero en lo que pensaba con más frecuencia era en Senia y en el regalo que iba a llevarle. Mientras oía el ruido de la máquina de coser y los juramentos del maestro, Sazonka se imaginaba siempre la misma escena: se veía a sí mismo deteniéndose junto a la cama de Senia en el hospital, entregándole el regalo envuelto en un pañuelo con cenefa encarnada.

En sus evocaciones intentaba en vano recordar la cara de Senia, pero el pañuelo con cenefa encarnada –que no había comprado todavía–, era el que se dibujaba en su imaginación con extraordinaria nitidez. Y a todos, al maestro, a la mujer de éste, a los clientes y a los chicos, les manifestaba su firme propósito de ir a visitar a Senia el primer día de Pascua.

– ¡Dejar de ir sería una asquerosa faena! –añadía–. Iré sin falta. Y le llevaré un regalo y le diré: “Aquí lo tienes, chico; ¡toma!”

Pero al mismo tiempo que hablaba de este modo se imaginaba también otra escena: se veía a sí mismo entrando en la taberna, donde al fondo, ante un mostrador, había gente bebiendo vodka. Y conocedor de aquel mal, contra el que se sentía incapaz de luchar, sentía el deseo de decir con total resolución: “¡No, iré a ver a Senia!”

Su mente quedaba envuelta en una grísea neblina, en medio de la cual se destacaba el pañuelo con cenefa encarnada. Sazonka veía en eso un reproche y una advertencia amenazadora.

III

El primer día de Pascua, y también el segundo, Sazonka, borracho perdido, estuvo armando escándalo y dio lugar a que le zurrasen la badana, pasando la noche en el puesto de policía. Hasta el cuarto día no fue a ver a Senia.

La calle, inundada de sol, estaba abarrotada por un gentío vestido con colores chillones, que reía y alborotaba por doquier. Por todas partes podía escucharse la música de los acordeones, el ruido de los discos metálicos derribando los huesos, el cacareo belicoso de los gallos que se peleaban.

Pero Sazonka no hacía caso de nada. La expresión de su rostro, en la que un ojo hinchado y el labio superior desgarrado hablaban de las recientes peleas, era grave y estaba como ensimismado; hasta su abundante pelo, lacio y en desorden, tenía un aspecto melancólico. Se sentía avergonzado de aquellas borracheras y de no haber cumplido su palabra; pensaba con dolor que Senia no le vería en plena forma, con su camisa de lana y chaleco nuevo, sino maltrecho, miserable y oliendo a vodka.

Sin embargo, a medida que se acercaba al hospital, se sentía cada vez más satisfecho y lanzaba frecuentes miradas al paquetito que llevaba. Le parecía estar ya viendo el rostro de Senia, con los labios secos y los ojos suplicantes.

– Querido amigo, ¿crees no me doy cuenta? ¿Que no tengo corazón? –decía en voz alta, como si Senia pudiera oírle, y apresuraba el paso con impaciencia.

Finalmente llegó al hospital: un enorme edificio amarillo, en cuyos muros las negras ventanas parecían ojos severos. Avanzó por el largo pasillo que olía a medicinas, experimentando la ya conocida sensación de malestar y tristeza. Entró en la sala donde estaba la cama de Senia.

Pero Senia, ¿dónde estaba?

– ¿Qué busca? –preguntó un vigilante.

– Pues a un chico que ocupaba esta cama; Semion... Semion Yerosiev. Estaba aquí... –dijo.

Y Sazonka señalaba la cama vacía.

– ¡Podía usted preguntar primero, antes de meterse de rondón! –dijo el vigilante en tono desabrido–. Además, no es Semion Yerosieiev, sino Semion Pustoshkin.

– Yerosieiev es su patronímico –explicó Sazonka, poniéndose de pronto terriblemente pálido.

– Pues el tal Yerosieiev ha muerto. Aunque aquí le conocíamos por Pustoshkin.

– ¿Cómo es posible? –preguntó Sazonka, tratando de mantenerse sereno y palideciendo todavía más–. ¿Cuándo ha sido?

– Ayer tarde.

– ¿Y no lo podría ver? –preguntó Sazonka con voz tímida.

– ¿Por qué no? –respondió el vigilante con indiferencia–. Pregunte dónde está el depósito y se lo dirán. Y no se apure tanto: estaba muy débil y su muerte era de esperar.

Sazonka preguntó con firmeza y muy cortésmente dónde estaba el depósito; sus piernas le llevaron a él cuando le indicaron el camino, pero sus ojos no vieron nada hasta que se fijaron en el cuerpo muerto de Senia. Se sintió traspasado por el frío terrible que reinaba en la habitación, y dirigió una mirada a las paredes, llenas de manchas de humedad; a la ventana, cubierta de telarañas. Aunque hiciera un sol esplendente, a través de aquella ventana el cielo parecía siempre gris y frío, como en otoño. En un rincón zumbaba una mosca. Y en alguna parte, no lejana, se oía el monótono gotear del agua, y cada gota, al caer, sonaba prolongadamente en la estancia: tac... tac... tac...

Sazonka retrocedió un paso y dijo en voz alta:

– Adiós, Semion Yerosieiev.

Después se arrodilló, se inclinó hasta tocar el pavimento húmedo con la frente y acto seguido se levantó.

– ¡Perdóname, Semion Yerosieiev –dijo, con la misma voz alta y clara.

Cayó nuevamente de rodillas y permaneció con la frente pegada al pavimento hasta que comenzó a dolerle la cabeza.

La mosca ya no zumbaba. Reinaba el silencio propio del lugar donde hay un muerto. Lenta, rítmicamente, caían las gotas de agua, semejantes a lágrimas dulces y cordiales.

IV

El hospital se hallaba en la periferia de la ciudad y detrás empezaba el campo, por donde Sazonka echó a andar.

Se extendía inmenso, monótono, regular, sin árboles ni casas en toda la extensión visible. El viento, que agitaba levemente la hierba, parecía una respiración libre y cálida.

Sazonka, al principio, avanzaba por el camino; luego torció a la izquierda, y se dirigió hacia el río a través de los bancales segados durante la estación anterior. A trechos, la tierra estaba aún algo húmeda, y, al pasar, Sazonka dejaba las huellas de sus botas.

Cuando llegó a la orilla del río, se tendió boca arriba en un pequeño desnivel cubierto de hierba y cerró los ojos. Allí no corría el aire y la atmósfera estaba caliente, como en un invernadero. La luz del sol, en ondas ardientes y rojas, le atravesaba los párpados. En el cielo azul se oía cantar una alondra. Era agradable respirar aquel ambiente primaveral y no pensar en nada.

El río, que pocos días antes se había desbordado a causa del deshielo, recuperó su cauce y corría plácidamente como un pequeño arroyo. Sólo en la orilla opuesta se veían vestigios de la reciente crecida: grandes bloques de hielo agujereado se hallaban amontonados, exponiendo su blanca superficie a los implacables rayos del sol, que como si fuesen cuchillos les abrían grietas.

Sazonka, medio dormido, palpó de pronto un envoltorio que tenía a su lado. Era el regalo.

Se incorporó bruscamente y exclamó:

– ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Había olvidado totalmente el paquete, que estaba junto a él en el suelo, y ahora lo miraba con ojos atónitos, pareciéndole que había aparecido allí por arte de birlibirloque y se había tumbado a su lado. Hasta le daba miedo tocarlo.

Estuvo un rato contemplándolo, fija, obstinadamente, y una piedad enorme y penetrante, una terrible cólera contra sí mismo se apoderó de él. Miraba el pañuelo con cenefa encarnada y se imaginaba a Senia esperándole. Le esperaría el primer día, el segundo, el tercero. Volvería a cada momento la cabeza, con la esperanza de verle entrar. Y Sazonka que no llegaría nunca.

El pobre Senia había tenido que morir solo, olvidado, abandonado, como un perro en un estercolero. ¡Ah, si él hubiera ido un día antes! El pobre Senia habría podido ver, con sus ojos moribundos, aquel regalo, y su corazón infantil se hubiera llenado de alegría, quizá su alma hubiese volado al cielo sin dolor, sin su inmensa tristeza.

Sazonka se puso a llorar, y mesándose los cabellos se revolcaba desesperado sobre la hierba.

Y mientras lloraba, exclamaba sin cesar:

– ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Después, de bruces en el suelo y con el labio desgarrado, se calló, atravesada el alma por un dolor agudísimo. La hierba tierna acariciaba suavemente su rostro. Un olor denso y tranquilizante se elevaba de la tierra húmeda, llena de fuerzas creadoras, vitales. Como una madre eterna, la tierra recibía a su hijo, al pecador arrepentido; le abría sus amorosos brazos y le proporcionaba a su dolorido corazón calor, amor y esperanza.

En la lejana ciudad sonaban alegres las campanas.

Tocaban a gloria en la fiesta de la Resurrección.

ISAAK BABEL

EL DESPERTAR

Toda la gente de nuestro entorno –tanto viajeros de comercio como tenderos, empleados de banca o casas navieras– trataba de imponer a sus hijos el aprendizaje de la música. Mis padres, viendo que tenían muy difícil aquello de prosperar, recurrieron a esa lotería, que, para bien o para mal, descansaba sobre las espaldas de los pequeños. Odesa –más aún que otras ciudades– estaba sumida en tal locura. Y la verdad es que, durante algunas décadas, surtió de niños prodigio las salas de concierto de todo el mundo. Tanto Misha Elman, como Cimbalist y Gavrilovich, salieron de Odesa. Asimismo, entre nosotros dio sus primeros pasos Yasha Jeifets. Cuando un muchacho cumplía cuatro o cinco años, la madre solía llevar a aquel ser minúsculo y endeble al señor Zagurski. Este buen señor tenía una fábrica de niños prodigio, una fábrica de enanos judíos que lucían cuellos de encaje y zapatos de charol. Se proponía –y solía– encontrarlos en los tugurios moldavos y en los hediondos patios del Mercado Viejo. Las primeras lecciones se las daba el mismo señor Zagurski y, más tarde, después de ese periodo de iniciación, los niños eran enviados a Petersburgo, para continuar su aprendizaje con el profesor Auer. En las almas de aquellas criaturas desmedradas, de prominente cabeza, echaba raíces una poderosa armonía. Andando el tiempo, muchos de ellos acababan por convertirse en virtuosos muy afamados. Y así, pues, mi padre decidió que yo debía ser uno de ellos. Aunque por mi edad ya no podía ser un niño prodigio –había cumplido por entonces trece años–, por mi estatura y débil complexión podía pasar por uno de ocho. En eso basaba toda su esperanza.

Así que me llevaron ante el señor Zagurski quien, por consideración a mi abuelo, se avino a no cobrar más que un rublo por lección, lo que ciertamente era muy poco. Mi abuelo –que se llamaba Leivi-Itsjok–, era al mismo tiempo el hazmerreír de la ciudad y su emblema. A menudo, se paseaba por las calles con

sombrero de copa y zapatos rotos, y, en las cuestiones más oscuras, era capaz de resolver cualquier duda que se planteara. Por ejemplo: le preguntaban qué era un gobelino, por qué los jacobinos habían traicionado a Robespierre, cómo se fabrica la seda artificial, qué era la cesárea, y cosas por el estilo. Mi abuelo podía dar cabal respuesta a todas esas preguntas. El señor Zagurski, por consideración a su saber y locura, nos cobraba un rublo por lección. Y si se ocupaba de mí era por temor al abuelo, pues no había razón alguna para hacerlo. Los sonidos salían de mi violín como limaduras de hierro. A mí mismo me desagradaban, pero mi padre se mantenía en sus trece. En casa sólo se hablaba de Misha Elman, a quien el mismísimo zar había eximido del servicio en el ejército. Cimbalist, según las averiguaciones de mi padre, había sido presentado al rey de Inglaterra y había dado un concierto en el palacio de Buckingham. Los padres de Gavrilovich se hicieron con dos casas en Petersburgo. Los niños prodigio traían la riqueza a sus progenitores. Mi padre se hubiese resignado con la pobreza, pero deseaba la fama.

– No es posible –musitaban las personas que comían a sus expensas–, no es posible que el nieto de este señor...

En lo que a mí se refiere, mis pensamientos eran bien distintos. A la hora de los ejercicios de violín, colocaba en el atril libros de Turguéniev o Dumas, y, mientras rascaba las cuerdas, devoraba página tras página. Durante el día le contaba a los muchachos de la vecindad toda clase de historias y por la noche las pasaba al papel. La afición a escribir era hereditaria en nuestra familia. Mi abuelo, Leivi-Itsjok, que acabó un poco tocado, se pasó casi toda su vida tratando de terminar una novela que llevaba por título *El hombre sin cabeza*. Yo seguía sus pasos.

Cargado con el violín y los papeles de música, tres veces por semana recorría la calle de Witte, antiguamente de la Nobleza, para dirigirme a casa del señor Zagurski. Allí sentados a lo largo de una bancada, esperando su turno, había unos cuantos judíos poseídos de histérico arrebató. Todos ellos apretaban contra sus débiles rodillas unos violines de

mayor tamaño que quienes en el futuro habían de dar conciertos en el palacio de Buckingham.

Se abría la puerta del santuario. Del gabinete del señor Zagurski, balanceándose, salían unos niños de cabeza grande y pecosos, de cuello fino como el tallo de una flor y mejillas rojas como de epiléptico. La puerta se cerraba, tragándose a otro enano. Tras ella, desgañitándose, cantaba y dirigía el maestro con su corbata de lazo, sus rizos pelirrojos y sus piernas de alambre. Era el administrador de la monstruosa lotería: había llenado el barrio moldavo y los negros callejones del Mercado Viejo con los fantasmas del *pizzicato* y la cantilena. Luego, el viejo profesor Auer infundía diabólica brillantez a todo esto.

Yo no tenía nada que hacer en esta secta. Era tan enano como ellos, pero en la voz de los antepasados yo adivinaba otras sugerencias.

El primer paso en contra me fue difícil. Un día salí de casa cargado con el violín, los papeles de música y doce rublos, que eran lo que mi padre pagaba por un mes de clase. Caminaba por la calle Nezhinska y tenía que torcer por la de la Nobleza para llegar a la casa del señor Zagurski. En vez de hacerlo así, seguí por la de Tiraspol y me vi en el puerto. Las horas de clase se me pasaron en un vuelo en el muelle de los prácticos. Así empezó la liberación. La sala de espera del señor Zagurski no volvió a verme. Otros asuntos más importantes me ocupaban. Mi discípulo Nemanov y yo nos hicimos amigos de míster Trotteburn, viejo marino del "Kensington". Nemanov era un año más joven que yo y desde los ocho se había dedicado al negocio más complicado del mundo. Era un genio del comercio y cumplía todo cuanto prometía. Ahora, en Nueva York, es millonario y director de la General Motors, una empresa tan importante como la de Ford. Nemanov me llevaba consigo porque yo me sometía a él en todo. Compraba a míster Trotteburn pipas de contrabando que fabricaba en Lincoln un hermano del viejo marino.

– Señores –nos decía míster Trotteburn–, recuerden mis palabras: los hijos hay que hacerlos con las propias manos... Fumar

una pipa de fábrica es como llevarse a la boca un irrigador... ¿Sabéis quién fue Benvenuto Cellini?... Fue un artífice. Mi hermano, el de Lincoln, podría hablarles de él. Mi hermano no molesta a nadie. Aunque, eso sí, está convencido de que los hijos han de ser hechos con las propias manos, y no con manos ajenas... No podemos por menos que estar de acuerdo con él, señores...

Nemanov vendía las pipas de Trotteburn a directores de Banco, cónsules extranjeros y griegos ricos. En ello ganaba el ciento por ciento.

Las pipas del maestro de Lincoln emanaban poesía. En cada una de ellas había una idea, una gota de eternidad. En las boquillas brillaba un aro amarillo, y las fundas eran de raso. Yo trataba de imaginarme cómo vivía en la vieja Inglaterra Matthew Trotteburn, el último artífice de las pipas, que se resistía a la marcha de los acontecimientos.

– No podemos por menos que estar de acuerdo, señores, en que los hijos deben ser hechos con las propias manos... Las pesadas olas del dique me separaban cada vez más de mi casa, que olía a cebolla y a destino judío. Desde el muelle de los prácticos pasé al rompeolas. Allí, en un recodo arenoso, se pasaban la vida los chiquillos de la calle Primorskaia. Iban todo el santo día sin pantalones, buceaban por debajo de las chalanas, robaban cocos y esperaban la época en que de Yerson y Kamenka llegaban barcasas cargadas de sandías, que podrían abrir contra los muelles del puerto.

Mi mayor aspiración era entonces aprender a nadar. Me daba vergüenza confesar a aquellos bronceados chiquillos que yo, nacido en Odesa, no había visto el mar hasta los diez años y que a los catorce aún no sabía nadar.

¡Cuánto tardé en aprender cosas necesarias! En la infancia, encadenado a mi casa de la calle Guemara, había llevado la vida de un sabio. Cuando fui mayor me aficioné a subir a los árboles. Lo de nadar resultó superior a mis fuerzas. La hidrofobia de todos mis antepasados –rabinos españoles y cambistas de Francfort– me arrastraba al fondo. El mar no me sostenía.

Zarandeado por las olas y con el estómago lleno de agua salada, volvía a la orilla, donde estaban el violín y los papeles de música. Me encontraba atado a los instrumentos de mi delito y tenía que llevarlos conmigo. La lucha de los rabinos con el mar se prolongó hasta que se compadeció de mí el dios de las aguas de aquellos lugares: era Efim Nikitich Smolich, corrector de “El noticiero de Odesa”. En el atlético pecho de aquel hombre había una gran piedad por los chicos judíos. Capitaneaba grandes grupos de criaturas raquíticas. Los reunía en los nidos de chinches de la Moldavanka, los llevaba al mar, los enterraba en la arena, hacía gimnasia y se zambullía con ellos, les enseñaba canciones y, mientras se tostaban a los rayos del sol, les contaba historias de pescadores y animales. A los adultos les decía que era partidario de la filosofía de la naturaleza. Con las historias de Nikitich los niños judíos se morían de risa, chillaban y jugueteaban como cachorros. El sol manchaba sus cuerpos con unas pecas escurridizas color lagarto.

El viejo seguía en silencio, de lejos, mi duelo con las olas. Al ver que no había esperanzas y que no aprendería a nadar, me dio entrada en su corazón. Siempre lo tenía abierto ante nosotros, rebosante de jovialidad; no mostraba arrogancia ni codicia, jamás daba muestras de inquietud... Con sus hombros de cobre, con su cabeza de gladiador envejecido, con sus piernas de bronce un tanto arqueadas, permanecía tumbado entre nosotros en la parte exterior del rompeolas, como señor de aquellas aguas de sandías y petróleo. Tomé a este hombre un cariño como sólo puede tomarlo un chico enfermo de los nervios –y con dolores de cabeza–, a un atleta. No me apartaba de él y trataba de mostrarme servicial.

En una ocasión me dijo:

– No te preocupes. Fortalece tus nervios. Lo de nadar vendrá por sí mismo... ¿Que el agua no te sostiene? ¿Por qué no ha de sostenerte?

Al ver mi interés, Nikitich hizo conmigo una excepción entre todos sus alumnos. Me invitó a su casa, un desván espacioso cubierto de esteras, y me mostró sus perros, el erizo, la tortu-

ga y las palomas. Para corresponder, yo le llevé una tragedia que había escrito la víspera.

– Ya sabía que eras aficionado a escribir –dijo Nikitich–. No miras a ningún sitio... Siempre pareces reconcentrado en ti mismo...

Leyó mis escritos, se encogió de hombros, se pasó la mano por el rizado pelo gris y comenzó a desplazarse de acá para allá por el desván.

– Hay que suponer –dijo, alargando las sílabas y haciendo una pausa después de cada palabra– que en ti hay una chispa divina...

Salimos a la calle. El viejo se detuvo, dio un golpe con el bastón en la acera y se me quedó mirando.

– ¿Qué es lo que te falta?... La juventud no tiene nada que ver, pasará con los años... Lo que te falta es el sentido de la naturaleza–. Me señaló con el bastón un árbol de tronco rojizo y copa baja. – ¿Cómo se llama? – Yo no lo sabía. – ¿Qué da ese arbus-to? – Tampoco lo sabía. Seguimos adelante, por los jardincillos de la avenida Aleksandrovski. El viejo señalaba con el bastón todos los árboles, me cogía del hombro cuando pasaba un pájaro y me hacía escuchar los distintos cantos.

– ¿Qué pájaro es ese?

Yo no sabía contestar a nada. Los nombres de los árboles y los pájaros, su clasificación en géneros, adónde emigran las aves, por qué parte sale el sol, cuándo es más abundante el rocío: todo esto era para mí desconocido.

– ¿Y te atreves a escribir? Quien como la piedra o el animal, no vive en el seno de la naturaleza, no escribirá en toda su vida dos líneas que valgan la pena. Tus paisajes parecen una descripción de decorados. ¡Diablos!, ¿en qué han pensado tus padres durante estos catorce años?

¿En qué habían pensado?... En letras protestadas, en los hotelitos de Misha Elman... Pero no se lo dije a Nikitich, guardé silencio.

En casa, a la hora de la comida, no probé bocado. Los alimentos no me pasaban por la garganta.

“El sentido de la naturaleza –pensaba–. ¡Dios mío!, ¿por qué no se me había ocurrido? ¿Dónde encontrar a una persona que me explique los cantos de los pájaros y los nombres de los árboles? ¿Qué sé de todo eso? Podría reconocer las lilas, y eso cuando florecen; las lilas y las acacias. En las calles Derivasov y Griega hay acacias...”

Durante la comida mi padre contó nuevos detalles acerca de Yasha Jeifets. Sin llegar a la calle de Robin, se había encontrado con Mendelson, el preceptor de Yasha. El chico cobraba ochocientos rublos por cada recital. Se podía calcular cuánto ganaba al mes con un promedio de quince conciertos.

Lo calculé: resultaban doce mil rublos. Al multiplicar, justo en el momento en que llevaba cuatro, miré por la ventana. Por el pequeño patio de cemento, envuelto en un abrigo de esclavina que el aire hinchaba levemente, con sus rizos pelirrojos que le salían por debajo del sombrero de fieltro, apoyándose en su bastón, avanzaba el señor Zagurski, mi profesor de música. No se podía decir que se hubiera dado prisa en advertir mi ausencia. Hacía más de tres meses que mi violín descansaba sobre la arena del rompeolas... Zagurski se acercó a la puerta principal. Yo me abalancé hacia la de servicio, pero la víspera la habían clavado por temor a los ladrones. Entonces me encerré en el retrete. Media hora después toda la familia se había reunido ante la puerta. Las mujeres lloraban. Mi tía Bobka sollozaba, apoyándose en la puerta con sus robustos hombros. Mi padre guardaba silencio. Cuando empezó a hablar, lo hizo con voz tan suave y distinta como nunca había hablado en su vida.

– Soy oficial –dijo– y tengo una finca. Voy de caza. Los campesinos me pagan por el arriendo de mis tierras. Hice ingresar a un hijo en el cuerpo de Cadetes. No tengo por qué preocuparme del otro...

Se interrumpió. Las mujeres lloraban. Luego un golpe terrible cayó sobre la puerta del retrete: mi padre se había lanzado contra ella con todas sus fuerzas.

– Soy oficial –vociferaba– y voy de caza... Lo voy a matar... Se acabó...

El pestillo saltó, quedando sostenido por un solo clavo. Las mujeres se retorcieron por el suelo, tratando de sujetar a mi padre por las piernas. Él, enloquecido, pugnaba por desprenderse. Atraída por el ruido, acudió una vieja, la madre de mi padre.

– Hijo mío –le dijo en hebreo–, nuestra amargura es muy grande, no tiene límites. Lo único que faltaba en nuestra casa es sangre. No quiero ver sangre en nuestra casa...

Mi padre lanzó un gemido. Oí sus pasos que se alejaban. El pestillo seguía colgando del último clavo.

Permanecí en mi fortaleza hasta que se hizo de noche. Cuando todos se hubieron acostado, la tía Bobka me llevó con la abuela. Teníamos que recorrer un camino largo. La luz de la luna había quedado prendida en arbustos desconocidos, en árboles innominados... Un pájaro invisible dejó oír un silbido y enmudeció; acaso se había dormido... ¿De qué pájaro se trataba? ¿Cómo se llamaba? ¿Hay rocío cuando se hace de noche? ¿Dónde se encuentra la Osa Mayor? ¿Por dónde sale el sol?... Marchábamos por la calle de Correos. La tía Bobka me tenía sujeto del brazo para que no me escapara. Y tenía razón. Yo pensaba en escaparme.

MIJAÍL BULGÁKOV

PROYECTO PARA UNA LEY SECA EN MOSCÚ

relato

A las diez de la noche, la víspera del domingo de Pascua, en nuestro maldito pasillo finalmente se hizo la calma. En un bienaventurado silencio, nació en mí la febril idea de que mi sueño se había hecho realidad: la vieja Pavlovna, vendedora de *papirósy*, había muerto. Pensé eso porque ya no se oían, desde su habitación, los gritos de su hijo Shurka, a quien ella acostumbraba a martirizar.

Con una sonrisa voluptuosa en los labios, me senté en el desvencijado sillón y abrí un volumen de Mark Twain. ¡Oh, momento de pura felicidad, hora radiante!

... Y después, la misma noche, a las diez y cuarto, en nuestro pasillo, un gallo cantó tres veces.

Un gallo, nada extraño en eso. Escuchad, la Pavlovna tuvo un cerdo que vivió seis meses en su habitación. En primer lugar, Moscú no es Berlín; además, nada puede sorprender a alguien que vive en el pasillo número 50 desde hace un año y medio. No fue tanto la aparición inesperada de un gallo lo que me dio miedo, sino el hecho de que ese gallo haya cantado a las diez de la noche. Un gallo no es un ruiseñor y, antes de la guerra, cantaba siempre al amanecer.

– ¿Será posible que esos cerdos hayan emborrachado al gallo? –interrogué a mi pobre mujer abandonando a Twain. Pero no le dio tiempo a responderme, pues, a la fanfarria inaugural del gallo, le siguió el grito ininterrumpido del susodicho gallo.

Después, una voz de hombre se puso a gritar. ¡Y de qué manera! Era el grito interminable de una voz de bajo en *do* sostenido, grito de un alma en pena, de desesperación, un pasmoso grito de agonía.

Todas las puertas comenzaron a crujir, se oyeron ruidos de pasos. Arrojando a Twain, me precipité en el pasillo. Allí, bajo la bombilla eléctrica, un ciudadano desconocido estaba en medio

de los habitantes del célebre pasillo. Con las piernas separadas, como una letra v invertida, se balanceaba, mientras que su boca abierta exhalaba aquel horrendo grito que tanto me había asustado.

Una vez en el pasillo, pude oír cómo la larga nota inarticulada *ad libitum* daba paso a una melopea.

– ¡Se ha cumplido! –se estrangulaba gritando la ronca voz del desconocido con el rostro inundado de lágrimas–: ¡Cristo ha resucitado! ¡Aleluya! ¡Ahora, que nadie se aproveche de eso! ¡A-a-a-ah!

Para acompañar sus palabras, arrancaba, a puñados, las plumas de la cola del gallo que se debatía entre sus manos.

Bastaba con una ojeada para convencerse de que el gallo estaba completamente en ayunas. Pero el semblante del volátil expresaba un suplicio cruel. Los ojos le salían de las órbitas y batía las alas intentando escapar al puño tenaz del desconocido. La Pavlovna, Shurka el chófer, Anushka, el Misha de Anushka, el marido de Dusia y los dos Dusia, todos formaban un círculo en un silencio total, inmóviles, como clavados al suelo. Pero, en esta ocasión, no los culpo. Habían perdido el don de la palabra. Como yo, era la primera vez que veían desplumar un gallo vivo.

Vasili Ivanovich, el administrador de la casa nº 50, con una sonrisa desesperadamente forzada, intentaba arrancar el gallo de las manos del ciudadano desconocido, atrapándolo ora por una ala escurridiza, ora por las patas.

– ¡Ivan Gavrilovich! ¡Por Dios! –él aún gritaba; después, poco a poco, se fue serenando en mi presencia–: nadie quiere quitarte el gallo ¡maldito sea mil veces! ¡Deja ya de martirizar a ese volátil en la víspera de la santa resurrección de Cristo! ¡Ivan Gavrilovich, cálmate!

Fui el primero en sobreponerme, y, tras una acrobacia inspirada, arranqué el gallo de las manos del ciudadano. Aquél batía las alas, se golpeó contra la bombilla eléctrica y después aterri-

zó en el suelo, para desaparecer en un ángulo del pasillo, por el lado del desván de Pavlovna. En un abrir y cerrar de ojos, el ciudadano se tranquilizó.

El acontecimiento era extraordinario, piensen lo que piensen, y por eso creo que terminó bien para mí. El administrador ya no me decía que si la casa no me gustaba, lo que tenía que hacer era buscarme una villa. Pavlovna ya no decía que yo dejaba la luz encendida hasta las cinco de la madrugada, ocupado “no se sabe bien en qué” y que, de todos modos, era totalmente injusto que yo me inmiscuyese en su vida. Que ella tenía derecho a pegarle a Shurka porque era su Shurka. Que lo que yo tenía que hacer era encontrar “mis propios Shurkas” y jalármelos aderezados con *kasha*.

Le repliqué:

– Mire, Pavlovna, si vuelve a golpear una vez más a Shurka en la cabeza, la denunciaré a la justicia e irá a pudrirse un año en prisión, por trato cruel a un hijo.

Pero esta advertencia no sirvió de nada. Pavlovna me amenazó a su vez con presentar una queja a la administración para que me expulsasen. “Si alguien no está contento aquí, que se largue entonces a vivir allí donde vive la gente cultivada.”

En una palabra, en esta ocasión, nada de eso. Los inquilinos de la más célebre casa de Moscú se dispersaron en un silencio sepulcral. Sujetando al ciudadano desconocido por los brazos, el administrador y Katerina Ivanovna lo acompañaron hasta la escalera. El desconocido caminaba, rojo como la grana, temblando y titubeando, con los ojos desmesuradamente abiertos y en una silenciosa agonía, a punto de desmayarse. Parecía envenenado con belladona [*atropa belladonna*].

Pavlovna y Shurka atraparon al exhausto gallo en el desván y también se lo llevaron.

Al volver, Katerina Ivanovna dijo:

– Este hijo de perra [léase literalmente “el administrador de la casa”, alias el marido de Katerina Ivanovna] salió –a la chita callando– a comprar algo. Como siempre, compró un *cuartillo* en lo de Sidorovna. Y después invitó a Gavrilovich diciendo:

“Vamos a probarlo”.

– A nadie le cae mal, pero estos se han desfondado antes de que el pope hiciese sonar la campana. Que el Señor me perdone mi pecado. No tengo la menor idea de lo que ha podido pasar por la cabeza de Gavrilovich. Entonces, bebieron, y mi hombre le dijo:

– Gavrilovich, para qué vas a ir al retrete con el gallo, déjame, yo te lo guardaré.

De pronto, el otro se cegó:

– Ah, no, dijo, tú quieres, dijo, quedarte con mi gallo.

Y entonces se puso a gritar. ¡Sólo Dios sabe lo que ha podido imaginarse!...

A las dos de la madrugada, el administrador de la casa, después de haber quebrantado el ayuno de cuaresma, rompió todos los cristales y le pegó a su mujer, asegurando, para justificarse, que ella le había “amargado” la vida.

En ese momento, mi mujer y yo, asistíamos a la oración pascual de medianoche; de ahí que el escándalo se desarrollase sin mi presencia. Los moradores de la casa reaccionaron y llamaron al presidente del consejo de administración. Este último hizo su aparición sin tardanza. Rojo como una bandera, con los ojos brillantes, vio a Katerina Ivanovna completamente amoratada y dijo:

– Vasili Ivanovich, me sorprendes. Tú, cabeza de familia, ¿no puedes meter en cintura a una buena mujer?

Por primera vez en su vida, nuestro presidente no se alegró de las palabras que dijo. Él mismo, el chófer y el marido de Dusia tuvieron que emplearse a fondo para desarmar a Vasili Ivanich, y de propina, sufrió una herida en la mano; –después de las palabras del presidente Vasili Ivanich se armó con un cuchillo de cocina para rajar a Katerina Ivanovna al grito de : “¡Le voy a ajustar las cuentas!”

Encerrando a Katerina Ivanovna en el desván, el presidente le hizo creer a Ivanich que Katerina Ivanovna se había escapado. Finalmente, Vasili Ivanich se quedó dormido con estas palabras:

– Está bien. De mañana, no pasa: ¡la rajaré! ¡Vaya si la rajaré!

El presidente se marchó diciendo:

– ¡Bueno, bueno! Sidorovna tiene uno de esos matarratas. ¡Una animalada, ese matarratas!

A las tres de la madrugada apareció Ivan Sidorich. Lo declaro públicamente: si en vez de ser tan débil de carácter yo fuese un hombre, seguramente hubiese puesto a Ivan Sidorich a la puerta de mi habitación. Pero le tenía miedo.

Después del presidente, es la persona más poderosa de la administración. Quizá no llegue a expulsarme (diablos, quién sabe, eso podría ocurrir), ¡pero puede envenenarme la vida con absoluta libertad!

Y para mí, eso es lo peor de todo. Si me envenenan la existencia, no podré escribir mis sátiras y si no puedo escribir, entonces, inevitablemente, será la ruina económica.

– Buenas, ciudadano perio... dista –eructó Ivan Sidorich oscilando como una brizna de hierba al viento–. Vengo a verle.

– Encantado.

– Es por lo del esperanto...

– ??????

– Escribir... una nota... un artículo... Quiero fundar una sociedad... Escribir tal cual: Ivan Sidorich, esperantista, desea, por decirlo así...

De pronto, Sidorich se puso a hablar en esperanto (a propósito, es una lengua increíblemente desagradable).

Ignoro lo que el esperantista leyó en mi mirada, pero se encogió de golpe, abrevió las extrañas palabras –una jerga verbal latino-rusa–, que comenzaron a interrumpirse e Ivan Sidorich adoptó una lengua accesible a todos.

– Además, excus... Yo... mañana.

– Se lo ruego –respondí suavemente llevando a Ivan Sidorich hacia la puerta (nadie sabe por qué él quería salir pasando a través de la pared).

Una vez que se hubo ido, mi mujer preguntó:

– ¿No pueden echarlo?

– No, cariño. Es imposible.

A las nueve de la mañana, la fiesta comenzó con una fanfarria

marinera interpretada al acordeón por Vasili Ivanovich (Katerina Ivanovna bailaba) y un discurso en mi pieza del Misha de Anushka, completamente borracho. En su nombre y en nombre de ciudadanos que yo no conocía, Misha me expresó su estima. A la diez llegó el adjunto del conserje (ligeramente achispado); a las diez y veinte, el conserje principal (completamente borracho), después, a las diez y veinticinco, el encargado de la calefacción (en un estado espantoso). En silencio, este último se marchó, perdiendo ipso facto por el pasillo los cinco millones que yo le había entregado.

Al mediodía, al llenar el cuartillo de Vasili Ivanovich, Sidorovna –descaradamente– le echó tres dedos de menos. Entonces, éste, provisto de un cuartillo vacío, se fue a reclamar a quien correspondía:

– Venden matarratas. Quiero que los arresten.

– ¿No te traes un mal rollo? –le preguntaron, con aire lúgubre, donde correspondía–. Según nuestras informaciones, en ese barrio no hay matarratas.

– ¿Que no hay? –sonrió Vasili Ivanovich con amargura–. Sus palabras son realmente sublimes.

– En efecto, no hay. ¿Y cómo es posible que tú estés en ayunas si allí venden matarratas? Será mejor que vayas a acostarte. Ya denunciarás mañana a los que venden matarratas.

– Ah, bueno... Comprendo –dijo Vasili Ivanovich, con una alelada sonrisa–. Entonces, ¿no hay prisa con esa gente? Continuarán sin llenar la botella. En cuanto a mi sobriedad, tenga, huela un poco mi cuartillo.

El cuartillo desprendió “un fuerte olor a aceite empireumático”.

– ¡Llévanos allí! –le ordenaron entonces a Vasili Ivanich.

Lo que hizo.

Cuando Vasili Ivanich se despertó, le dijo a Katerina Ivanovna:

– Date un salto hasta lo de Sidorovna y compra un cuartillo

– Recobra el juicio, alma maldita –respondió Katerina Ivanovna–. Se acabó Sidorovna.

– ¿Cómo es eso? ¿Y quién se lo sopló? –se sorprendió Vasili Ivanich.

Me alegro. Pero no por mucho tiempo. Una media hora más tarde, Katerina Ivanovna regresaba con un cuartillo lleno. Sucedió que había brotado una nueva fuente en casa de Makeich, a dos inmuebles del de Sidorovna. A las siete de la tarde, pude arrancar a Natasha de las manos de su esposo, el panadero Volodia (“¡¡¡S no le pego!!!” “¡Es mi mujer!”, etc.). A las ocho de la tarde, cuando aún seguía oyéndose la música de los marinos y Anushka se puso a bailar, mi mujer se levantó del sillón y dijo:

– Yo ya no puedo más. Haz lo que quieras, pero tenemos que marcharnos de aquí.

– Pero cariño –respondí, desesperado–. ¿Qué puedo hacer? Es imposible encontrar una habitación. Vale *veinte mil* y yo sólo gano cuatro. No podemos esperar nada hasta que no finalice mi novela. Ten paciencia.

– No hablo de mí –respondió mi mujer–. Pero no acabarás nunca tu novela. Nunca. Esto no tiene salida. Voy a tomar morfina.

Ante esas palabras tuve la sensación de que me convertía en un hombre de hierro. Al responderle, mi voz sonó completamente metálica:

– Tú no tomarás morfina porque no te lo permitiré. En cuanto a la novela, terminaré de escribirla y puedo asegurarte que será una novela tal que en ella hasta el cielo será tórrido.

Después de esto, ayudé a mi mujer a vestirse, cerré la puerta con llave, y le pedí a la Dusia nº1 (que no bebe nada salvo oportó) que montase guardia a fin de que nadie rompiera el cerrojo. Después, llevé a mi mujer a casa de mi hermana, en la calle Nikitskaya, para los tres días de fiesta.

Conclusión

Tengo un proyecto. De aquí a dos meses, me comprometo a desecar Moscú, si no en su totalidad al menos en un 90%.

Las condiciones: yo lo dirigiré todo. Escogeré personalmente a mis colaboradores entre los estudiantes. Habrá que remunerarlos espléndidamente (cuatrocientos rublos-oro. El objetivo merece la pena). Se necesitan cien personas. Que me concedan una vivienda con tres piezas-cocina, y que me den, en una sola entrega, mil rublos-oro así como una jubilación para mi esposa, en el caso de que yo fuese asesinado.

Plenos poderes. Y que se proceda sin más dilación, según mis instrucciones, a los arrestos. Para los debates judiciales, veinticuatro horas y ninguna pena de sustitución o multa.

Aplastaré a todas las Sidorovna, a todos los Makeich, y también, por carambola, todos los “pequeños antros”, las pequeñas Flores de Georgia, los castillos de Tamara y otros cabarets por el estilo.

Moscú se transformará en un Sahara y, en los oasis, bajo los rótulos fluorescentes anunciando “abierto tarde-noche”, no se venderán más que ligeros vinos tintos y blancos.

ANTON CHÉJOV

UNA SESIÓN DE HIPNOTISMO

La enorme sala rutilaba con sus luces y hormigueaba de gente. Era el reino del hipnotizador. A pesar de su aspecto endeble y poco atractivo, el hipnotizador brillaba, lucía, deslumbraba. Le sonreían, y aplaudían y obedecían. Y también palidecían.

Hacía literalmente milagros. Dormía a uno, tetanizaba al otro, colocaba a un tercero con la nuca sobre una silla y la planta de los pies en otra. Vimos reducir a un periodista delgado y alto al estado de espiral. En una palabra, encadenaba las diabluras. Ejercía una influencia especial sobre las damas.

Bajo su mirada, caían como moscas. ¡Oh, los nervios de las mujeres! Sin ellas, nos aburriríamos mucho en este mundo.

Habiendo dado pruebas de su arte con todas las personas presentes, se acercó a mí.

– Me parece que usted es de un natural muy maleable – me dijo–. Es usted tan nervioso, tan expresivo. ¿Aceptaría dejarse dormir?

– ¿Por qué no? Con mucho gusto, adelante–. El hipnotizador se sentó *vis-à-vis*; me cogió las manos y posó sus terribles ojos, ojos de serpiente, en mis pobres ojos.

El público nos rodeaba.

– ¡Chist, damas y caballeros! ¡Chist! ¡Silencio!

Se calmaron... Nosotros continuábamos sentados, mirándonos a los ojos. Transcurrió un minuto... y otro... Yo tenía un hormigueo en la espalda, mi corazón parecía salirse del pecho, pero en modo alguno caía en el trance.

Transcurrieron así cinco minutos... siete minutos...

– Resiste –dijo alguien–. ¡Bravo! ¡Eso es un hombre!

Aún continuábamos sentados, y nos mirábamos... Yo no tenía ganas de caer en el sueño, ni siquiera de adormecerme. Un protocolo de la Duma o de la Asamblea territorial ya hace tiempo que me hubiese adormecido. La asistencia comenzaba a susurrar, a reír para sus adentros... El hipnotizador dejó ver un

semblante molesto, parpadeó... ¡Pobre! ¿A quién le gusta un fiasco? ¡Acudid en su ayuda, espíritus, enviad a Morfeo sobre mis párpados!

– Resiste –dijo la misma voz–. ¡Ya basta, déjelo! ¡Ya os dije que todo esto no eran más que trucos!

Y, entonces, en el momento en que, reconociendo la voz de un amigo, hice amago de levantarme, sentí en la palma de la mano un objeto extraño. Al tocarlo supe que era un billete. Mi padre era médico y los médicos saben reconocer, con sólo tocarlo, la calidad de un papel. Según la teoría de Darwin, yo he heredado de mi padre, entre otras aptitudes, algo de ese talento. Reconocí así un billete de cinco rublos. En esto, me quedé dormido al instante.

– ¡Bravo, hipnotizador!

Los médicos presentes en la sala se acercaron, comenzaron a dar vueltas, me husmearon y dijeron:

– Sí... está dormido.

Contento de su éxito, el hipnotizador ejecutó algunos pases sobre mi cabeza: aún dormido, deambulé por la sala.

– Tetanícele un brazo –sugirió alguien.

– ¿Puede hacerlo? Entonces, póngale el brazo rígido.

El hipnotizador [cuya mirada estaba lejos de ser fría] alargó mi brazo derecho y comenzó sus manipulaciones: lo frotó, sopló y dio palmaditas. Mi brazo se negaba a obedecerle. Se balanceaba como un guiñapo y en modo alguno parecía querer ponerse rígido.

– ¡No se tetaniza! ¡Despiértelo! Eso entraña peligro... pues él es nervioso y delicado...

Entonces sentí deslizarse en la palma de mi mano un billete de cinco rublos. La excitación se transmitió por vía nerviosa de mi mano izquierda a mi mano derecha, que no tardó en quedarse entumecida.

– ¡Bravo! ¡Mirad qué dura y fría está! Parece la mano de un muerto.

– Anestesia completa, hipotermia, pulso débil –dijo el hipnotizador.

Los médicos me tomaron el pulso.

– Sí, el pulso es muy débil –dijo uno de ellos.
– Tetanización completa. Temperatura muy baja...
– ¿Cómo se explica eso? –preguntó una enjuta dama.
Uno de los médicos alzó los hombros con gesto significativo, suspiró y dijo:
– Sólo tenemos hechos. Explicaciones, pues, no hay.
Vosotros tenéis hechos, y yo dos billetes de cinco rublos. Es más ventajoso. Alabado sea el hipnotismo aunque sea por tan poco; en cuanto a las explicaciones, no las necesito.
Pobre hipnotizador, ¿por qué entonces te has sentido en un aprieto conmigo, fantasma como soy?
P. S. ¿No es una maldición? ¿Un horror?

Acabo de saber que no fue el hipnotizador quien me ha deslizado los billetes en la mano, sino Piotr Fiodorovich, mi jefe.

– He hecho eso –me dijo–, para saber hasta dónde llega tu honestidad.

¡Por los clavos de Cristo!

– Eso es indigno, amigo mío... No está bien. No esperaba eso de ti.

– Es que tengo hijos, señor. Una mujer. Una madre. Y la vida es cara, actualmente.

– Eso no está bien. ¡Y, además, quieres editar un periódico! Y cuando haces discursos en las cenas, lloras. Es vergonzoso. Te creía honesto, resultado: tú *hopen Sie gewesen*.

Tuve que devolverle sus dos billetes. ¿Qué podía hacer? Al César lo que es del César.

– Contigo no estoy resentido –dijo el jefe–. Esa es tu naturaleza, que te parta el diablo... ¡Pero ella! ¡Ella! Es asombroso. Ella: ¡todo candor, inocencia, dulzura y lo demás! ¿Eh? ¿Ella se ha dejado tentar igualmente por el dinero? ¡Porque ella también se ha dormido!

Cuando dice ella, mi jefe tiene ante su vista a su esposa, Matriona Nikolaievna.

24 de marzo 1883

VSEVOLOD GARSHIN

LA FLOR ROJA

“En memoria de Ivan Sergeievich.”

Turgueniev

I

– ¡En nombre de Su Majestad el emperador Pedro I, anuncio la inspección de este manicomio!

Estas palabras fueron pronunciadas en voz alta, sonora y metálica.

El empleado de la casa de locos que anotaba a los enfermos en un libro grande y deteriorado, levantó la mirada de la mesa manchada de tinta, con la boca abierta en una sonrisa. Sin embargo, los dos jóvenes que venían acompañando al loco no reían. Apenas podían mantenerse en pie, después de los dos días con sus noches que llevaban en su compañía.

En la penúltima estación del ferrocarril en que viajaron, el enfermo había sufrido un agudo ataque. Habían tenido que sacar la camisa de fuerza y, gracias a la ayuda del gendarme y los guardias, se la pudieron poner. De esta forma le condujeron hasta el manicomio.

El aspecto del loco era terrible. Su traje había quedado hecho jirones durante el ataque. El saco de lienzo grueso dejaba al descubierto un amplio torso, sobre el cual tenía las manos cruzadas y metidas en anchas mangas que se cerraban con cordones atados fuertemente sobre la espalda. Sus ojos dilatados e inyectados en sangre (no había dormido durante los últimos diez días) ardían con un brillo febril e inmóvil.

Un tic nervioso estremecía su labio inferior y los cabellos revueltos le caían en mechones desordenados sobre la frente.

Caminaba por la oficina con pasos rápidos y pesados de un rincón a otro, mirando con ávido interés los viejos armarios repletos de papeles, las sillas forradas de hule. A veces, su mirada se detenía de modo fugaz sobre sus acompañantes.

– Llévenlo al compartimento de la derecha.

– Ya lo sé, ya lo sé. Ya estuve aquí con ustedes el año pasado, cuando inspeccionamos el hospital; por eso será difícil engañarme –dijo el enfermo. Se dirigió hacia la puerta. El guardián la abrió de par en par delante de él. Con el mismo paso rápido, pesado, decidido y la cabeza levantada en un gesto nervioso, salió de la oficina. Casi corriendo se dirigió a la derecha, a la sección de enfermos mentales.

Sus acompañantes a duras penas podían seguirle.

– Toca el timbre. Yo no puedo hacerlo porque vosotros me atasteis las manos.

El portero abrió y ellos entraron.

El edificio era grande, amplio, como son normalmente los edificios municipales. Dos grandes salones; el uno comedor y el otro destinado a sala para los enfermos pacíficos. Un amplio corredor con una puerta acristalada daba al jardín en el que había parterres de flores; una veintena de habitaciones para los enfermos ocupaban la planta baja. También allí se hallaban dos estancias oscuras; una revestida de colchones y otra de tablas, a donde conducían a los enfermos rebeldes.

Hacia el final estaban los baños, en una sala grande y sombría. El piso alto estaba ocupado por las mujeres.

Un agitado bullicio, sólo interrumpido por gemidos y voces, llegaba de arriba. El manicomio tenía capacidad de albergue para ochenta personas, pero como debía atender las necesidades de varios municipios de la región, se alojaban en él trescientos enfermos. En pequeños cuartos se colocaban cuatro o cinco camas.

Durante el invierno, cuando a los enfermos no les dejaban salir al jardín ni asomarse a las ventanas cubiertas de rejas firmemente aseguradas, el ambiente del manicomio se volvía insoportable, con un aire pesado y sofocante.

Al enfermo recién llegado le condujeron a una dependencia donde se hallaban instalados los baños. Hasta para un hombre sano el efecto producido podía resultar deprimente. Mucho más aún en una mente enferma y agitada. El lugar era grande y abovedado, con el piso sucio y pegajoso. La luz penetraba por una única ventana situada en un rincón de la estancia. Sobre el piso ennegrecido por la mugre, podían verse dos bañeras de piedra, empotradas. Parecían dos pozos llenos de agua. Junto a la ventana, en el rincón, había una enorme estufa con una caldera y una red de caños y tuberías de cobre.

El ambiente era lúgubre, incitando al desvarío y agravado por la presencia de un loquero corpulento, que, con su rostro impassible y grave, y su perpetuo mutismo, aumentaba la tensión del lugar, produciendo en la mente enferma un efecto devastador. Cuando le condujeron hasta ese lúgubre recinto para que tomara el baño reglamentario, según el sistema implantado por el director del hospital, con chorros de agua aplicados en la nuca, el terror y la rabia se apoderaron del enfermo. Terribles pensamientos invadieron su cerebro. “¿Qué es esto? ¿La inquisición? ¿Es acaso el lugar de torturas donde mis enemigos piensan acabar conmigo? ¿O quizá el propio infierno?”

La idea de que debía tratarse de eso último arraigó en él y comenzó a destacarse en el laberinto de sus pensamientos.

A pesar de su desesperada resistencia lograron desvestirlo. Con energías redobladas por su terrible enfermedad, se zafaba fácilmente de las manos de los loqueros que le sujetaban, derribándolos al suelo. Al fin, entre cuatro de ellos consiguieron dominarlo y cogiéndolo por los brazos y las piernas lo arrojaron en el agua tibia. Le pareció que hervía y por su mente atravesó la idea, vaga y cortocircuitada, de que lo estaban torturando con agua hirviente y un hierro puesto al rojo.

Casi ahogándose en el agua, agitando desesperadamente brazos y piernas, gritaba frases inexpresivas, maldecía y oraba, trabándosele las palabras. Gritó hasta quedar exhausto y por último, con lágrimas ardientes que descendían por sus mejillas,

y sin la menor relación con sus anteriores exclamaciones frenéticas, dijo:

– ¡Santo mártir Jorge! ¡En tus manos deposito mi cuerpo, pero no el espíritu!

A pesar de que se había calmado, los loqueros siguieron sujetándole. El baño tibio y la bolsa de hielo que después se le aplicó sobre la cabeza hicieron su efecto. Y cuando en estado casi inconsciente fue retirado de la bañera y colocado sobre un taburete para aplicarle la ventosa en la nuca, el resto de sus fuerzas y sus desordenados pensamientos estallaron por última vez:

– ¿Por qué? ¿Por qué? –gritaba–. Yo no quise hacer mal a nadie. ¿Por qué matarme? ¡O-o-oh!, oh Jesús! ¡Oh, vosotros que habéis sufrido tanto, os lo suplico, liberadame, liberadme!

Al sentir sobre su nuca el contacto ardiente, se estremeció, revolviéndose como si hubiera sufrido una calambre. Los loqueros no conseguían dominarle y estaban indecisos.

– No hay nada que hacer –dijo el enfermero que estaba llevando a cabo la operación–. Hay que borrar...

Estas simples palabras causaron un efecto terrible en el enfermo.

– ¡Borrar! ¿Borrar qué? ¿A quién van a borrar? ¿A mí? –pensó cerrando los ojos bajo el efecto de un terror mortal.

El enfermero, mientras tanto, había cogido por las dos extremidades una gruesa toalla, y apretándola con fuerza la pasó por su nuca, arrancando la ventosa y con ella la piel de la parte superior dejando una marca roja e inflamada.

El dolor que le produjo esa operación, insoportable incluso para una persona sana, colmó la paciencia del enfermo. En un arranque desesperado se apartó de los cuidadores y rodó sobre el piso de piedra creyendo que lo habían decapitado. Quiso gritar y no pudo.

Como estaba sin sentido se lo llevaron en una camilla. Un sueño profundo, de muerte, se apoderó de él.

II

Cuando volvió en sí era de noche. Estaba rodeado de un silencio absoluto. Tan sólo se percibía, de la habitación vecina, la respiración de los enfermos. Desde lejos llegaba una voz monótona y rara de alguien que hablaba de sí mismo dentro del oscuro cuarto donde estaba encerrado; desde arriba, y como algo lejano, la voz enronquecida de una mujer cantaba una funesta canción.

Sentía en todos sus miembros una gran debilidad. El cuello le dolía atrozmente.

“¿Dónde estoy? ¿Qué está sucediendo conmigo?” –se preguntaba mentalmente–. Y de pronto surgió la aguda y clara visión de que era el último mes de su vida, que estaba enfermo y que padecía.

Evocó toda una serie de pensamientos y hechos irracionales; se estremeció aterrado.

– A Dios gracias, todo eso terminó –murmuró quedando adormecido de nuevo.

La ventana abierta y enrejada con barrotes de hierro daba a un sendero rodeado de grandes edificios y una muralla de piedra. Nadie pasaba por allí. El sendero estaba cubierto de cardos, de arbustos silvestres y lilas que en aquella época del año estaban en flor. Entre las ramas y frente a la misma ventana se veía el alto cerco. Y detrás de esa valla podían verse las copas de los árboles de un gran parque vecino, bañado por la luz de la luna. A la derecha se alzaba el edificio del hospital. Las ventanas, detrás de las rejas, aparecían iluminadas. A la izquierda, la blanca pared, más blanca aún por la luz de la luna, del cementerio. La luna penetraba también a través del enrejado –en la habitación del enfermo– y sus rayos caían sobre el piso iluminando parte de la cama y su pálido rostro con los ojos cerrados.

Viéndole dormido nada había de anormal en su aspecto. Sólo se desprendía, de su sueño profundo y pesado, que era un hombre enfermo. Por unos instantes había despertado como hom-

bre sano, pero a la mañana siguiente se levantaría de nuevo como una pobre víctima de la terrible enfermedad.

III

- ¿Cómo se encuentra? -le preguntó el médico al día siguiente.

El enfermo acababa de despertarse y estaba aún tapado por las sábanas.

- Admirablemente -respondió levantándose de un salto; luego se calzó las zapatillas y le tendió la mano al médico-. Admirablemente, menos esto de aquí -y mostró su nuca-. No puedo volver la cabeza sin sentir un fuerte dolor. Pero no significa nada; todo está bien, si uno se da cuenta de eso, si lo entiende...

- ¿Sabe usted dónde se encuentra?

- Sí, doctor; en un manicomio. ¿y qué importa eso?

El médico le miraba fijamente a los ojos. Su bello y cuidado rostro, enmarcado por una barba de color rubio dorado y tranquilos ojos azul claro, miraban a través de lentes de montura de oro. Estaba inmóvil, impassible. Observaba.

- ¿Por qué me mira usted tan atentamente? No conseguirá jamás leer dentro de mi alma -dijo el enfermo-; pero yo, en cambio, leo claramente en la suya. ¿Por qué practica usted el mal? A mí eso me es indiferente, porque lo entiendo todo y estoy tranquilo. Pero, ¿para qué tantos sufrimientos? Al hombre que ha llegado a formarse una idea general de la vida, lo mismo le da el lugar en que viva o sienta. Hasta le es indiferente el vivir o no vivir. ¿No es cierto?

- Quizá -contestó el médico sentándose en una silla que había en un rincón de la pieza; de esa manera podía observar al enfermo que se desplazaba con pasos agitados de un lado a otro de la estancia, haciendo ruido con sus enormes pantuflas de anca de potro y dejando flotar su amplio batín de algodón con rayas rojas y grandes flores estampadas.

El ayudante del médico y un loquero permanecían en pie en el umbral.

– ¡La tengo, la tengo! ¡La idea ya está! –continuó el enfermo–. Y cuando la sentí en mí, me noté cambiado, resurgido. Mis sentimientos se volvieron más sensibles, mi cerebro trabajó como nunca lo había hecho antes. Lo que apenas conseguía comprender tras complicadas deducciones y adivinaciones, hoy lo capto intuitivamente. En realidad, llegué a la misma conclusión que la filosofía. Yo vivo y siento que el tiempo y la distancia son cosas ficticias. Yo vivo en todos los siglos. Vivo sin el espacio en todas o en ninguna parte. Y por eso me resulta indiferente que me tengan ustedes encerrado aquí, que esté atado o que camine libremente. Pude reconocer que en esta casa hay otros como yo, pero para ellos tal situación es terrible. ¿Por qué no los dejan en libertad?

– Usted ha dicho –le interrumpió el médico– que vive fuera del tiempo y el espacio. Sin embargo no podrá negar que ambos nos hallamos en la misma habitación y que ahora –el médico extrajo el reloj de su bolsillo– son las diez horas treinta minutos del día 6 de mayo del año mil ochocientos. ¿Qué dice usted a eso?

– Nada. Me es indiferente dónde estar o dónde vivir. Siendo así, ¿no significa acaso que estoy siempre y en todas partes?

El médico sonrió.

– Es una lógica original –dijo levantándose–. Quizá tenga usted razón. Hasta luego. ¿Puedo ofrecerle un cigarro?

– Muchas gracias (hizo un alto en su movimiento, cogió el cigarro y con los dientes, nerviosamente, le quitó la punta). Esto ayuda a pensar –dijo el enfermo–. Es el mundo, el microcosmos. De un lado están los ácidos, del otro los básicos. Así ocurre también con el equilibrio del mundo, en el que se neutralizan los contrastes. Adiós, doctor.

El médico salió. La mayoría de los enfermos le esperaban de pie, al lado de sus camas. No hay nadie que respete tanto a su jefe como respetan a los psiquiatras sus pacientes.

En cuanto al enfermo, una vez se hubo quedado solo, continuó caminando nerviosamente de un rincón al otro de la pieza. Le trajeron té en un tazón, que se bebió en dos sorbos sin ni siquiera

ra sentarse; del mismo modo comió un trozo grande de pan blanco.

Luego salió de la habitación y durante varias horas, sin detenerse, se desplazó con pasos rápidos y pesados de un extremo al otro del edificio. El día era lluvioso y a los internados no les dejaban salir al jardín.

El practicante buscó al nuevo enfermo y le indicaron que se hallaba en el fondo del corredor. Allí estaba, apoyando el rostro en los cristales de la puerta que daba al jardín, mirando fijamente el parterre de flores. Su atención estaba absorbida por una flor de un rojo vivísimo, una de las variedades de la amapola.

El ayudante le tocó en el hombro.

– Venga a pesarse, por favor –le dijo.

Pero cuando el enfermo se volvió para mirarle, el ayudante del médico retrocedió espantado; tal era el odio y la furia salvaje que ardían en los ojos que le miraron. Sin embargo, al reconocer al practicante, la expresión de su rostro cambió inmediatamente y le siguió sumiso, sin pronunciar palabra, como bajo el efecto de un pensamiento profundo y trascendente.

Entraron en el consultorio del médico. El enfermo subió sobre la plataforma de la báscula. El practicante tomó el peso y anotó luego en un libro: sesenta kilogramos. Al día siguiente eran sólo cincuenta y ocho; al tercer día cincuenta y siete.

– Si continúa así no durará mucho –dijo el médico, y ordenó que se le alimentase lo mejor posible.

Pero a pesar de la buena alimentación y del apetito voraz del enfermo, el peso seguía disminuyendo. El enfermo adelgazaba cada día más y el practicante anotaba diariamente un peso menor. El paciente casi no dormía, pasándose días enteros en continuo movimiento.

IV

Tenía plena conciencia de que se hallaba en una casa de locos. Hasta sabía que estaba enfermo. A veces, como en la primera noche, se despertaba en medio del silencio después de un día de movimiento agotador y sentía que todos sus miembros estaban doloridos; sentía un peso terrible en la cabeza, pero todos sus sentidos estaban despiertos. Tal vez fuera la falta de impresiones y la escasa luz en medio del silencio nocturno; tal vez el pobre funcionamiento del cerebro en un hombre que acaba de despertarse. Lo cierto es que en tales momentos se daba cuenta cabal de su situación, como si repentinamente se hubiera curado de su dolencia.

Y llegaba el día. Con los rayos luminosos que penetraban en el edificio, las impresiones le invadían nuevamente; el cerebro enfermo no conseguía dominarlas; y otra vez era un loco. Su mente se confundía en una rara mezcla de pensamientos lógicos e ideas irracionales. Sabía perfectamente que estaba rodeado de enfermos, pero en cada uno de ellos veía a una persona que se escondía, que antes había conocido, o había leído, o había oído hablar de ella. En su opinión, el hospital estaba habitado por gentes de todas las épocas y todos los países. Existían allí vivos y muertos. Famosos personajes y soldados que murieron en la última guerra y que luego habían resucitado. Se veía en un gran círculo encantado que contenía todas las fuerzas de la tierra, y con orgullosa exaltación se consideraba el centro de ese círculo.

Todos sus compañeros del manicomio estaban reunidos en ese lugar para cumplir un fin gigantesco, que vislumbraba vagamente y que consistía en el exterminio del mal en la tierra. Él desconocía cómo podría llevarse a cabo tal propósito; sólo sabía que tenía las fuerzas suficientes para realizar la empresa. Leía en el pensamiento de las demás personas. Los objetos le contaban sus historias. Los frondosos olmos del jardín del manicomio le narraban leyendas del pasado. El propio edificio,

que había sido construido hacía bastantes años, lo atribuía a Pedro el Grande. Estaba convencido de que el zar había vivido en la época de la batalla de Poltava, y que, según él, lo había descifrado de las paredes de la casa, del estuco caído y de los restos de ladrillos que había en el jardín. Aseguraba que toda la historia de la casa y del jardín estaba escrita en ellos.

El pequeño edificio del cementerio llenaba su imaginación con el espectáculo de centenares de muertos agrupados desde hacía años. Miraba fijamente el pequeño ventanuco del sótano, que daba al rincón del jardín, pensando distinguir en el nervioso reflejo de luz que caía sobre el sucio y empañado vidrio, rasgos familiares que había hallado a través de su vida, observados en los retratos.

Llegaron días buenos y despejados. Los enfermos pasaban todo el tiempo al aire libre, en el parque. El jardín estaba florido. Las flores se encontraban plantadas en todos los rincones de tierra disponibles. El guardián hacía trabajar en esas tareas a los enfermos más o menos aptos. Pasaban el día limpiando y esparciendo arena, arrancando las malas hierbas que nacían entre las plantas y las flores, extrayendo para el consumo los pepinos, las sandías y los melones, irrigando la tierra que cuidaban y labraban.

Un lugar del jardín estaba ocupado por los cerezos. Al costado, los paseos estaban poblados de olmos. En el centro de uno de esos paseos, sobre un pequeño terraplén, se encontraba el parterre más hermosos del jardín. A su alrededor crecían flores de vivos colores y en la suave pendiente, se erguía, refulgiendo, una dalia gigante, exótica, de color amarillo salpicada de rojo. A esta planta que cubría el centro del jardín y se elevaba por encima del parterre, los enfermos le atribuían un significado misterioso.

Al nuevo enfermo también le pareció esta flor poco común, una especie de icono del edificio y del jardín.

A lo largo de los senderos los enfermos habían plantado flores. Eran de todos los tipos que suelen adornar los jardines rusos. Dalias blancas, altos rosales, petunias de vivos colores, plantas

de tabaco con pequeñas flores rosadas, peperina, campanillas y amapolas. Cerca de la entrada del edificio principal, crecían tres plantas de amapola de una variedad especial, exótica. Eran más pequeñas que las comunes y se distinguían por el color excepcionalmente vivo de sus flores. Fueron las que impresionaron profundamente al enfermo cuando, en los primeros días de su internamiento en el hospital, las descubrió a través de la puerta acristalada.

Cuando bajó por vez primera al jardín, lo primero que hizo, aun sin haber terminado de descender los escalones, fue mirar estas flores de vivísimo color. Sólo había dos. Y habían crecido separadas de las demás en un sitio sin desbrozar, rodeadas de cardos y armuelles.

Los locos iban saliendo uno a uno por la puerta donde el enfermero les entregaba un gorro blanco, alto, de algodón y con una cruz roja en el centro. Esos gorros habían sido usados durante la guerra por los que pertenecían al cuerpo de sanidad y adquiridos por el hospital a precios de saldo.

El enfermo le atribuyó a esa cruz roja un significado especial y cabalístico. Se quitó el gorro, observó la cruz y luego las últimas amapolas, que tenían un color más vivo.

– Él está venciendo –dijo–, pero ya veremos...

Bajó de la galería. Echó una mirada en torno y, sin advertir la presencia del enfermero que estaba detrás de él, dio unos pasos hacia el parterre y extendió la mano hacia la flor sin decidirse a arrancarla. Sintió como una oleada de fuego que atravesaba su brazo extendido; sensación que luego se comunicó por todo su cuerpo, como si una corriente poderosa y desconocida, partiendo de los carmíneos pétalos, hubiese penetrado en su organismo. Se aproximó más y tendió nuevamente su mano, pero le pareció que la flor se defendía exhalando un aliento venenoso y mortal. Se sintió mareado, pero realizando un último y desesperado esfuerzo, la cogió casi desde el tallo; en ese momento, una mano pesada se clavó en su hombro. Era el enfermero.

– Está prohibido arrancar las flores –dijo el viejo ucranio–. No suba tampoco al parterre. Aquí, entre ustedes, hay muchos enfermos; y si cada uno fuera a arrancar una flor, se llevarían todo el jardín –agregó con voz grave y a la vez convincente, sin soltar el hombro.

El enfermo le miró a la cara. Sin decir palabra se libró de su mano y, turbado, se encaminó por el sendero.

“¡Oh, infelices! –pensaba–. No ven, están cegados al extremo de no darse cuenta y lo defienden. Pero yo acabaré con él cueste lo que cueste. Si no es hoy será mañana; vamos a medir nuestras fuerzas. Y si muriese en la lucha, qué más da.”

Caminó por el jardín hasta el anochecer, mezclándose con sus compañeros en desgracia y sosteniendo con ellos extrañas conversaciones en las que cada uno de sus interlocutores no escuchaba otra cosa que sus propios y frenéticos pensamientos, compuestos de palabras misteriosas y delirantes.

De ese modo, caminando con uno y otro de los internados, el enfermo se convenció finalmente de que “todo estaba listo”, como se dijo a sí mismo. Pronto, muy pronto se derrumbarían las rejas de hierro y todos los reclusos saldrán volando por el mundo, mientras éste, estremecido, se arrancaría su capa exterior, vieja, y se mostraría con un aspecto nuevo y hermoso. Casi se había olvidado de la flor. Sin embargo, al regresar del jardín y subir hasta la galería, vio dos rojos carbonillos entre tanto verdegay, y advirtió que estaba oscureciendo y caía el rocío. Fue entonces cuando el enfermo, dejando pasar a los demás, se colocó detrás del enfermero esperando el momento oportuno.

Nadie se dio cuenta de ello cuando, saltando sobre el parterre, arrancó la flor y se la escondió en el pecho, debajo de la camisa. Y en el momento en que los pétalos humedecidos por el rocío rozaron su cuerpo, palideció con una sensación mortal y los ojos se le desorbitaron, estremecido de terror. Un sudor frío le inundó la frente.

En el hospital encendieron las luces. En espera de la comida, la mayoría de los enfermos se recostaba en sus lechos, con

excepción de algunos que deambulaban inquietos por el corredor y las salas. El enfermo, con su flor, estaba entre estos últimos. Caminaba con los brazos apretados –en forma de cruz– convulsivamente contra su pecho. Parecía como si quisiera aplastar, deshacer la flor escondida. Al cruzarse con los demás, evitaba cuidadosamente rozarlos con sus ropas.

– No se acerquen, no se acerquen... –les gritaba.

Sin embargo, en el hospital se prestaba poca atención a las exclamaciones de esa naturaleza. Él caminaba cada vez más rápido, alargando sus pasos; así continuó durante una y dos horas seguidas. Su obstinación era frenética.

– Te voy a cansar. Te voy a estrangular... –decía con voz grave y enronquecida.

A veces le rechinaban los dientes.

En el comedor sirvieron la comida. Sobre largas mesas sin manteles pusieron varias fuentes de madera pintada y dorada. Los enfermos se sentaron en los bancos. Les sirvieron un trozo de pan negro a cada uno. Y con cucharas de madera ocho hombres se servían de una misma fuente. A los que seguían un régimen especial se les atendía aparte.

Nuestro enfermó engulló rápidamente la ración que le sirvió el enfermero de su habitación, pero no satisfecho con ella se dirigió al comedor.

– Permítame que me siente a la mesa –dijo al encargado.

– ¿Acaso no ha comido ya? –inquirió éste, colocando porciones suplementarias en la fuente.

– Estoy hambriento y necesito reponer fuerzas. Todo mi apoyo está en la comida. Usted sabe que yo apenas duermo.

– Coma, coma usted todo lo que quiera. Taras, alcáncele una cuchara y pan.

Se sentó ante la fuente de cebada y se comió un enorme plato.

– Bien, basta, basta –dijo al fin el encargado, cuando todos habían terminado de comer, excepto nuestro enfermó, que seguía ante a la fuente manejando la cuchara con una mano y apretándose el pecho con la otra–. Basta ya, que se va a indigestar.

– ¡Ah, si supiera cuánta fuerza necesito, cuánta! –le dijo el enfermo, levantándose de la mesa y estrechando la mano del encargado–. Adiós, Nikolai Nikolaievich; adiós...

– ¿A dónde va...? –preguntó el encargado con una sonrisa.

– ¿Yo? No voy a ninguna parte. Me quedo; pero tal vez mañana no nos volvamos a ver. Le agradezco su bondad.

Estrechó de nuevo la mano del encargado. Su voz temblaba y las lágrimas acudían a sus ojos.

– Cállese, cállese –le decía el encargado–. ¿Por qué esos pensamientos tan sombríos? Vaya a acostarse y duerma. Usted necesita descansar más. Si durmiera bien, pronto estaría curado.

El enfermo estaba llorando. El encargado ordenó a los enfermeros que retiraran los restos de la comida. Media hora después todos dormían en el edificio; todos menos uno. Este yacía recostado en su camastro. Temblaba como si estuviera bajo los efectos de una fiebre palúdica, apretándose convulsivamente el pecho que, según creía, se estaba impregnando del terrible veneno mortal.

V

No pudo dormir en toda la noche. Había arrancado esa flor porque veía en ello una hazaña que se sentía obligado a realizar personalmente.

Desde que miró por vez primera a través de la puerta acristalada, los pétalos rojos habían atraído su atención, y desde entonces le pareció que sabía cuál era su misión en la tierra. Todo el mal de nuestro mundo estaba resumido en esa flor escarlata, de color tan vivo. Sabía que de las amapolas se extraía el opio. Y esa idea, al crecer y desarrollarse, había adquirido formas espectrales.

Para el enfermo, esa flor había absorbido toda la sangre inocente derramada por el mundo, y de ahí que fuera tan roja. estaba imbuida de un ser misterioso, el antípoda de Dios, el Arimán que había adoptado un aspecto humilde e inofensivo. Era necesario arrancarla y destruirla. Pero eso no bastaba. Tenía que evitar que al expirar lograra derramar su ira por el mundo. Por eso la escondía en su pecho. Esperaba que por la mañana la flor hubiese perdido sus fuerzas. La maldad que contenía se volcaría sobre su pecho y su alma, y en esa contienda vencería o sería vencido. Si así fuera, él moriría como un noble paladín; el primer paladín de la Humanidad; moriría por ella. Nadie, antes que él, se había atrevido a arrancar el mal de raíz, en un solo impulso.

“Ellos no lo veían. Yo sí. ¿Podía dejarla vivir? ¡No! ¡Antes la muerte!”, pensaba.

Y yacía en su lecho, desvaneciéndose en una lucha pectoral, imaginaria pero agotadora.

Por la mañana, el ayudante del médico lo encontró casi muerto, pero al poco rato la agitación lo reanimó y se puso en pie de un salto, continuando sus nerviosos desplazamientos por el hospital, hablando con los enfermos y consigo mismo en voz alta, de un modo más desconcertante que nunca.

El médico, en vista de que su peso iba disminuyendo paulatinamente y que el enfermo se pasaba las noches sin dormir, ordenó inyectarle una fuerte dosis de morfina. Por fortuna, el enfermo no se opuso. Sus embrollados pensamientos coincidieron con la operación. Pronto quedó dormido. Cesó su agitación enloquecida y poco a poco la melodía altisonante que le acompañaba, siempre surgiendo del ritmo frenético de sus pasos, abandonó sus oídos. Quedó desvanecido y lo olvidó todo; hasta la segunda flor que se había propuesto arrancar.

No obstante, posteriormente, cumplió sus propósitos y arrancó la segunda flor en presencia del viejo enfermero, quien no tuvo tiempo de impedirselo. Corrió tras él, pero el enfermo, exhalando un verdadero alarido de triunfo, penetró corriendo en el hospital, se dirigió rápidamente a su habitación y escondió la flor en el pecho.

– ¿Por qué arrancas las flores? –le gritó el enfermero, que corría en pos suyo.

Pero el enfermo se hallaba ya recostado en su cama con los brazos cruzados sobre el pecho, y comenzó a decir tal sarta de disparates que el enfermero sólo atinó a quitarle el gorro con la cruz roja, que no había devuelto durante su fuga, y se marchó.

La lucha se había entablado de nuevo. Sentía emanar desde la flor una especie de chorros o espirales en forma de reptiles, que representaban el mal. Lo enredaban, lo envolvían, lo apretaban; estrangulaban sus miembros vertiendo dentro de su cuerpo el terrible veneno. Lloraba, rogando a Dios e intercalando en sus plegarias las maldiciones que dedicaba a su enemigo.

Hacia la tarde, la flor se marchitó. El enfermo pisoteó sus pétalos ennegrecidos, recogió del suelo los restos y se dirigió al baño con ellos. Arrojó el deforme manojito dentro de la estufa con carbones ardientes y permaneció largo rato escuchando el crepitar de su enemigo, observando cómo poco a poco se convertía en un montón de cenizas blancas. Sopló sobre ellas, y todo desapareció.

Al día siguiente, el enfermo empeoró. Terriblemente pálido, con las mejillas hundidas y los ojos ardientes dentro de las órbitas, proseguía su frenética deambulaci3n, trastabillando a ratos y hablando sin cesar.

– No me gustaría hacer uso de la fuerza –dijo el médico jefe a su ayudante–, pero hay que poner fin a eso. Hoy pesa cuarenta y cinco kilos. Si sigue así, morirá dentro de dos días.

Después de decir estas palabras, el jefe se quedó pensativo unos instantes.

– Ayer la morfina no produjo efecto alguno.

– ¿Morfina o cloral? –preguntó el ayudante con tono inseguro.

– Que lo aten. Sin embargo, no creo que consigamos salvarlo.

VI

Fue atado. Estaba en su cama, amarrado por la camisa de fuerza y con anchas franjas de lona contra los travesaños de hierro del lecho. No obstante, su agitación y sus convulsos movimientos no disminuyeron sino que, por el contrario, aumentaron.

En vano intentó durante muchas horas librarse de las ataduras que le sujetaban. Finalmente, después de un terrible esfuerzo, consiguió romper una de las ligaduras. El enfermo liberó sus piernas, y deslizándose debajo de las demás cuerdas logró ponerse en pie, comenzando a caminar por la habitación con los brazos amarrados y enviando al aire salvajes e incomprensibles exclamaciones.

– ¡Quieto! –gritó el loquero, entrando en el cuarto–. Ha de ser el propio diablo quien te ayuda. ¡Grisko, Ivan, vengan; se libró de las ligaduras!

Los tres enfermeros se abalanzaron sobre él y empezó una lucha larga y extenuante para los loqueros, y mucho mayor aún para el enfermo, que gastaba en ella los últimos residuos de sus fuerzas. Finalmente consiguieron tenderlo sobre la cama y lo ataron más fuerte que antes.

– Ustedes no saben lo que hacen –les gritaba el enfermo, ahogándose–. ¡Morirán todos! He visto a la tercera, que estaba apenas abierta. Dejen que termine mi obra. ¡Hay que matarla, matarla, matarla! Sólo así terminará todo. Todo estará salvado. Les enviaría a ustedes; pero sólo yo puedo hacerlo, porque ustedes morirían sólo con tocarla...

– ¡Cállese, señor, cállese! –exclamó el enfermero que permanecía de guardia junto al lecho.

El enfermo calló de pronto. Había resuelto burlar a sus guardianes. Estuvo atado todo el día y la noche siguiente. Después de haberle traído la comida, el enfermero preparó su cama en el suelo y se acostó. Minutos más tarde dormía profundamente, y el enfermo comenzó su tarea.

Se dobló completamente, en un supremo esfuerzo por alcanzar uno de los barrotes de hierro de la cama, y tanteando con la mano encerrada en la camisa, comenzó a frotar con violencia la manga contra el barrote. Poco después el grueso lienzo había cedido y pudo sacar el dedo índice. Entonces todo se produjo con más rapidez. Con una habilidad imposible de concebir en una persona normal desató el nudo que aprisionaba sus brazos por la espalda, después los cordones de la camisa: acto seguido se puso a escuchar los ronquidos del enfermero, que dormía con un sueño pesado.

El enfermo se quitó la camisa con rapidez y saltó de la cama. Estaba libre. Probó la puerta. Estaba cerrada por dentro y la llave, probablemente, la tenía en su bolsillo el enfermero. No se atrevió a registrarle por temor a despertarlo; resolvió salir del cuarto por la ventana.

La noche era impenetrable, serena y templada. La ventana estaba abierta, y se veían las estrellas titilando en el cielo. El enfermo las contemplaba, pudiendo distinguir las constelaciones conocidas y le pareció que le miraban con gesto comprensivo y solidario. Percibió infinitos rayos que ellas le enviaban, y su obsesionante decisión se vio reforzada. Era preciso torcer uno de los hierros de la reja y pasar por la estrecha abertura que se produciría entre los dos barrotes, meterse en el rincón que había oculto entre los matorrales, salvar de un salto la pared y luego... la suprema lucha. Después podía llegar la muerte.

El enfermo trató de doblar el hierro de la reja, pero no cedía. Entonces, haciendo una soga con las mangas de la camisa de fuerza, la enganchó al barrote y se colgó de ella. Después de realizar unos esfuerzos desesperados que casi le consumieron todas sus fuerzas, la punta de lanza cedió y quedó abierto un angosto paso. Se metió en él tras retorcerse varias veces, arrancándose la piel de los hombros, los codos y las rodillas. Atravesó los arbustos y llegó a la pared. Dio un salto.

A su alrededor reinaba el mayor silencio. Del interior del edificio salía una tenue luz que iluminaba vagamente el suelo. No se

veía a nadie en las ventanas. Nadie le observaba. El loquero que había montado la guardia junto a su lecho continuaba, probablemente, con un sueño de plomo. Las estrellas titilaban cariñosamente, penetrando con sus rayos hasta lo más hondo del corazón del enfermo.

– ¡Voy hacia vosotras! –murmuró mirando al cielo.

El primer intento de salvar la pared le falló. Con las uñas rotas y las manos y las rodillas sangrantes, comenzó a buscar un sitio más fácil de saltar. Allí donde la pared se unía con el cementerio, habían caído unos cuantos ladrillos. El enfermo aprovechó los huecos, escaló el cerco y cogiéndose de las ramas del olmo que crecía en el otro lado, se deslizó lentamente por el tronco hasta pisar la tierra en el lado opuesto.

Luego echó a correr hacia el lugar conocido, junto a la galería. La flor asomaba su oscura y pequeña cabeza con los pétalos muy juntos y destacándose claramente entre el césped humedecido por el rocío.

– ¡Último!, último... –murmuró el enfermo-. Hoy será el día de la victoria o de la muerte. Pero, para mí, eso es indiferente. Esperad –dijo mientras dirigía una mirada al cielo-. Pronto me uniré con vosotros.

Arrancó la planta, la trituró pisoteándola y luego, apretándola con su mano, regresó por el mismo camino a la habitación. El enfermero dormía. El enfermo, arrastrándose con dificultad, cayó desvanecido sobre el lecho.

A la mañana siguiente lo encontraron muerto. Su rostro estaba tranquilo y sereno. Sus rasgos aparecían demacrados; los labios delgados y sus ojos, muy hundidos, reflejaban una honda felicidad.

Cuando le colocaron en la camilla trataron de abrirle la mano para extraerle la flor escarlata encerrada dentro del puño. Fue en vano: el trofeo le siguió a la tumba.

MAKSIM GORKI

SUEÑO DE UNA NOCHE DE INVIERNO

Había terminado el último folio de un cuento de invierno; un cuento lúgubre y sombrío, como los días breves y tristes de entonces. Dejé la pluma a un lado y, con paso nervioso, me puse a recorrer la estancia de un extremo al otro.

Era ya noche cerrada.

En el exterior se avecinaba una tempestad.

Sentía en torno a mí voces extrañas, rumores imprecisos, algo así como bisbiseos o suspiros que desde la calle llegaban hasta mi habitación, ahora en penumbra.

El invierno arrojaba la nieve contra los muros y ese manto blanco discurría –lento y espeso–, cayendo interminablemente tras los cristales... Pareciese que nevaba dentro de mí, enfriando mi alma.

Miré a la calle a través del ventanal.

Ni un alma. La calle estaba desierta.

De vez en cuando, alguna ráfaga de viento levantaba la nieve muerta sobre la calzada y entonces volaban copos blancos, ligeros y frágiles.

Muy cerca de mi ventana había un farol. Su llama luchaba temblorosa e indecisa contra el viento.

De modo intermitente, aquel surco de luz vacilante y tornadiza parecía tener –en la oscura frialdad del aire– la precisión de una espada.

Los copos de nieve caían dulcemente, irisándose de multicolores destellos al atravesar la franja luminosa.

Finalmente, invadido por una profunda, inexplicable y honda tristeza, me desnudé, me tumbé en el lecho y apagué la luz.

Se hizo la oscuridad en mi habitación. Los sonidos se volvieron más perceptibles, firmes y claros. El marco de la ventana proyectó sobre mí una mancha grande y blanquecina.

Se oía monótono el reloj que contaba los segundos.

En ocasiones su impasible tictac ahogaba el rumor de la nieve;

pero al punto volvían a oírse los rítmicos pasos del tiempo en busca de la eternidad. Era un tictac seco, penetrante, que se adueñaba de mí, llegando hasta mi cerebro.

Recordé los últimos folios que había redactado. ¿Qué fin me había propuesto al escribirlos, valdrían de algo, tendrían algún valor?

Era un cuento sencillito y no muy original. Un episodio de dos pobres: un anciano ciego y su mujer, ahitos de miseria y bondad, olvidados de la vida, al margen de la vida.

Una madrugada, la víspera de Navidad, dejaron su aldea y mendigaron por los caseríos cercanos para comprarse un poco de alegría y saborearla, con júbilo, en esa fecha memorable.

Imbuidos de esperanza recorrieron aquellos contornos, confiados en que –a la hora de vísperas– estarían de vuelta en su casa, con los bolsillos repletos de presentes hechos en nombre del Señor.

Pero aquella esperanza se vio defraudada, y, finalmente, acabó en desengaño, pues las limosnas fueron escasas.

Muy entrada ya la noche, comprendieron que deberían volver a la inhóspita cabaña sin fuego. Y los dos ancianos emprendieron el camino de vuelta por la inmensa llanura blanca. Sus zurrónes no eran un peso para la espalda; pero la tristeza les agobiaba el corazón. Ella caminaba delante y, agarrado a su cintura, seguía el ciego.

Marchaban lentamente. La noche era inexcrutable, sin estrellas. El viento azotaba la nieve, y los pies de los dos viejos desamparados y míseros, se hundían en ella.

La aldea aún estaba muy lejos y ellos, silenciosos, proseguían por el camino nevado, ateridos y temblando de frío.

La vieja había equivocado el camino. El viejo renegaba, preguntando:

– ¿Llegaremos pronto? Ya verás como no llegamos a las vísperas.

Ella contestaba que las casas estaban próximas. Era consciente de que se había extraviado, pero quería ocultarlo.

Alguna vez oía el ladrido de los perros y entonces iba en su

busca, encaminándose en esa dirección; pero enseguida sonaban en el extremo opuesto.

Hasta que, ya vencida, se atrevió a decir la verdad.

– Perdóname, perdóname... Nos hemos perdido... y no puedo dar un paso más... Quisiera detenerme, descansar un momento... no puedo avanzar más...

– Nos vamos a helar.

– No; es sólo un momento... Quiero sentarme un instante... Además, ¡qué importa si nos helamos...! No vale tanto nuestra vida como para doler su pérdida.

El viejo cedió suspirando.

Se sentaron en el suelo, espalda contra espalda, semejantes a dos montones de harapos, abandonados a la borrasca.

La nieve comenzó a cubrirlos y agudos cristales les herían; la vieja, peor vestida que su compañero, empezó a sentir un extraño calor.

– ¡Vamos, vamos! –clama, aterido, el ciego–. Levántate ya... Debemos proseguir...

Pero ella se va adormeciendo suavemente. Delira y le responde palabras locas e incomprensibles.

Él intenta levantarla y no puede.

– ¡Vamos...!

Hace nuevos esfuerzos tan inútiles como antes.

– ¡Vamos...! ¡Te vas a helar...! –y grita, pidiendo auxilio a la inmensidad negra.

Pero nadie puede oírle. La mujer ya no habla, ni siquiera dice aquellas incoherentes palabras.

Entonces, él también cae: rendido, resignado, sobre la nieve, con una muda y fatalista desesperación. Todo cuanto le ocurre es por la voluntad de Dios.

Y la borrasca va desgarrando los harapos que cubren esas carnes mártires, cansadas del trabajo y de los años.

De pronto, el viento arrastra tañidos de campana. Y suenan solemnes en la furia desatada de la noche.

– ¡Vamos, óyeme...! Están tocando a vísperas... Anda, levántate. ¡Vamos, pronto...!

Pero ella no puede oírle. Partió hacia ese mundo del cual nadie vuelve.

– ¿Oyes? ¡Vamos! ¡Levántate! ¡Eh! ¡Que vamos a llegar tarde, vamos...

Intenta levantarse a su vez y no puede. Caee de nuevo sobre la nieve y en sus labios florece la última súplica:

– ¡Señor! Acoge el alma de tus siervos... Ambos somos pecadores; pero otórganos tu perdón y tu gracia.

De pronto le parece que ha recobrado la vista. Sobre la inmensa planicie blanca, en una nube de nieve luminosa se alza un templo de rara arquitectura: el templo de Dios que avanza hacia él.

Tiene la forma de un corazón y está hecho de corazones humanos y ardientes. Y, en la cúpula, está la figura de Jesús.

El anciano se levanta para caer de rodillas sobre el atrio del templo imaginario, y contempla al Mártir. Y el Mártir le habla con voz clara y armoniosas palabras de consuelo:

– Mi templo se levanta sobre los corazones imbuidos de misericordia y amor. Entra, pues, en mi templo, tú que has tenido tanta sed de misericordia durante tu vida; tú que has sido humillado y has sido miserable, entra y sé feliz.

El viejo balbucea palabras inconexas, palabras que casi no suenan...

Cristo le sonrío dulcemente. Sonríe también a su compañera que resucita por el milagro de esta sonrisa.

Y de este modo se helaron dos pobres miserables, la víspera de Navidad, perdidos en la infinita e inhóspita llanura blanca...

* * *

Después dudé si esta narración sería bastante humana, bastante dolorosa para enternecer y conmover a los que la leyeran.

Yo creía que sí; y satisfecho de mí mismo, bajo el suave abrigo de las mantas, empezaba a dormirme.

El reloj sonaba isócrono, marcando despiadado las horas de mi vida, que huían sin dejar huella.

Oía vagamente el sordo murmullo de la nieve cayendo lenta e inmisericorde.

Aumentó su violencia la tempestad y el farol se apagó. Chirrió el maderamen de las contraventanas... Las ramas de los árboles golpearon obstinadas la techumbre. El viento ululaba, suspiraba y lanzaba penetrantes silbidos. Ahora, la tristeza y la congoja volvían a invadir mi corazón.

Un resplandor azuloso y fosforescente atravesó los cristales y alcanzó mi lecho. Y en medio de este resplandor azul apareció una ancha y espesa nube sembrada de estrellas que parecían pupilas humanas.

Y esta nube se agitaba movida por algo misterioso y omnipotente. Se oscurecía, se aclaraba, se desgarraba y volvía a hacerse más compacta... infinita y amenazadora.

Yo sentía un terror hondo y cruel que hacía castañetear mis dientes. Después, aquellos jirones de nube comenzaron a diferenciarse unos de otros. Visibles en el azul que los envolvía se deshilachaban lentamente y, poco a poco, adquirirían formas conocidas, familiares a mis ojos. Eran sombras de niños, de mujeres, de viejos con largas barbas blancas. ¿Dónde venían? ¿Qué eran aquellas sombras?

Mis ideas eran claras y luminosas para aquellos huéspedes de la noche: las comprendían.

– ¿Que quiénes somos y de dónde venimos? –dijo una voz grave, una voz que tintineaba lenta y fría–. Acuérdate. ¿No nos reconoces?

Yo movía silenciosamente la cabeza, negando la posibilidad de cualquier relación con aquellas sombras que se movían lentas en el aire, como si danzaran una solemne danza al ritmo de la borrasca.

Después se acercaron más a mi cama, estrechándose, agrupándose en torno a mí. De pronto distinguí entre ellas una figura conocida. Era la del viejo ciego agarrado a la cintura de una vieja encorvada, que me miraba con sus ojos llenos de reproches.

Un brillo cegador cubría sus harapos y extendía el frío en torno suyo. Yo sabía quiénes eran; pero no se me alcanzaba el motivo de su aparición.

– ¿Nos reconoces ahora?

Ignoro si fue la voz del huracán o la de mi conciencia la que habló. Mas era una voz imperiosa y subyugante, avasalladora.

– Ya has visto quiénes somos –dijo–. Y los demás también son víctimas tuyas. Somos los héroes de tus cuentos: niños, mujeres, hombres que has hecho sufrir por el placer de los que te leen. Abre los ojos y mira. Van a desfilar ante ti y podrás juzgar cuán numerosos son y desgraciados los hijos que crea tu imaginación.

Las sombras empezaron a desfilar. Las primeras fueron un muchacho y una niña como dos grandes flores de nieve que esparcieron claridad lunar.

– Ahí tienes a dos niños que hiciste morir bajo la ventana de una casa donde brillaba el árbol de Navidad. ¿No lo recuerdas? Lo contemplaban silenciosos, inmóviles de deseo y quedaron allí inertes, dejándose cubrir por la nieve que los fue helando poco a poco.

Mis pequeños héroes pasaron silenciosamente delante de mí y se desvanecieron en el azul. A su vez se mostró una mujer agotada, aniquilada, con el rostro lívido.

– Esta es la madre tan ansiosamente esperada la noche de Navidad y que, habiendo ido muy lejos a buscar dulces y juguetes para sus hijos, desfalleció, helada, en medio del camino.

Yo miré a la sombra lleno de compasivo terror.

El cortejo continuaba y la voz inexorable iba nombrando uno a uno a los héroes de mis obras, escritas en los días de tristeza. Los fantasmas flotaban delante de mí, ondulantes sus blancas vestiduras. Yo temblaba bajo su frío lúgubre de silencio y aparición. Sus movimientos lentos, la angustia indecible de sus vagas miradas me oprimían el corazón. ¿Qué podían querer de mí? ¿Qué se proponían? El último de todos, el viejo ciego de los harapos cubierto de nieve, acabó también por acercarse y clavó fijamente en mí las cuencas de sus ojos muertos. Su

barba destellaba de escarcha y de sus labios colgaban finas hebras de hielo. La anciana tenía la misma sonrisa feliz de los niños dormidos; sonrisa muerta, helada en las arrugas de su rostro.

Por fin desaparecieron los espectros. Pero el huracán seguía bramando y despertando en mi alma la rebelión. Soporté aquella fantasmagoría en silencio y en cuanto se disipó, en cuanto me libré del ensueño, sentí algo dentro de mí que me impulsaba a hablar.

Las sombras se unieron nuevamente, en un solo grupo, y formaron confusa nube donde vigilaban pupilas multicolores, las pupilas de mis personajes que me miraban con angustia. Y mi malestar y mi vergüenza aumentaban bajo la mirada de aquellos ojos inertes y fríos y punzantes.

Dejó de ulular la tempestad y con ella todos los ruidos. Ya no oí más el tictac del reloj, ni el murmullo de la nieve al caer, ni la voz misteriosa que antes me había hablado. El silencio era absoluto, y la visión permanecía suspendida en el aire, como esperando...

Y yo, yo también esperaba apasionadamente, con todas las fuerzas que le restaban a mi alma.

Al fin no pude contenerme más tiempo y exclamé:

– Pero ¿qué queréis de mí? ¿Qué pretendéis?

Entonces la voz lenta e impasible habló de nuevo:

– Responde tú a mis preguntas: ¿Por qué has escrito todos esos dolores? ¿Por qué, no conformándote con desgracias reales, con la infelicidad tangible y visible de la vida, has inventado nuevas torturas y te esfuerzas en vestir de realidad tus fantasías? ¿Qué te propones? ¿Acabar hasta con el último aliento que le queda a los hombres? ¿Arrancarles toda esperanza de mejorar, mostrándoles sólo el mal? ¿Acaso eres enemigo de la luz y te complaces en amontonar negruras y tristezas sobre el ya negro y triste desencanto humano? ¿O es que odias tanto a los hombres que quieres anular en ellos el deseo de vivir presentándoles la existencia como un suplicio sin término? ¿Cuáles son tus propósitos? Contesta. Di cuáles son.

Yo permanecía mudo, estupefacto de terror, consternado. Aquellos reproches eran demasiado extraños. Todos los escritores emplean los mismos asuntos e iguales recursos sentimentales, sobre todo cuando se trata de cuentos de Navidad. Se coge de cualquier sitio a un infeliz muchacho, a una pobre niña o a unos viejos marginados y se les hace morir de frío bajo los balcones de una casa opulenta donde brille el árbol simbólico. Es la costumbre, y si de algo soy culpable no es más que de eso: de seguir la costumbre.

Procuré disculparme:

– Escuchad, sombras: no sé quiénes sois ni quiero saberlo. Pero me habéis interrogado y creo un deber mío contestaros; después de lo cual espero que no me negaréis el derecho a dormir tranquilo el resto de la noche. Mi idea al describir esas miserias, esas crueles agonías de hambre y frío no es otra cosa que la de despertar en mis semejantes sentimientos humanitarios y compasivos. Llamo con palabras amargas a los corazones secos y cerrados. Un largo estremecimiento recorrió el grupo de las sombras. Después se pusieron a girar locamente, retorciéndose, luchando contra un invisible torbellino que pretendía llevárselas, rompiéndolas.

La tempestad ululaba, silbaba, reía, azotaba... Y las sombras seguían su macabra danza, febriles y dislocadas. Todo en ellas danzaba, menos las pupilas muertas en el fondo de las órbitas. Sentía mi cuerpo bañado en frío sudor. Se me erizaron los cabellos.

– Se ríen – dijo la voz impasible.

– ¿De quién?

– De ti.

– ¿De mí? ¿Por qué motivo?

– Por la ingenuidad de tu infantil defensa. ¿Pretendes, pintando dolores imaginarios, despertar la bondad en los corazones sordos a los dolores reales? Piensa en la candidez. Piensa en que si la realidad miserable no enternece a los hombres ni les conmueve, mal podrá conseguir ese enternecimiento y esa emoción tu pobre fantasía. ¿Y crees triunfar, tienes esperanzas de triunfar de ese modo?

Seguían las sombras exhalando su muda carcajada. Me parecía una carcajada interminable que la oíría ya siempre, mientras viviera, y hasta la hora de mi muerte. En el exterior también reía el viento. Y la voz implacable seguía hablando.

Quise escapar de la obsesión hundiendo la cabeza entre las almohadas.

De pronto, resbalando del lecho, me sentí precipitado en un sombrío abismo, y rodaba a punto de la asfixia por la vertiginosidad de la caída.

Silbidos, aullidos y la risa aterradora de las sombras cayeron conmigo, persiguiéndome. Y a través de las sombras y las tinieblas lucía el brillo hostil de sus miradas...

* * *

Desperté con el sol, dolorida la cabeza, oprimido de angustia el pecho y exhausto.

Mi primer impulso fue abalanzarme sobre los folios donde había escrito la aventura del viejo ciego y su compañera. Los rasgué sin leerlos. En el aire claro de la mañana arrojé los pedazos, que volaron largo rato antes de llegar al suelo, satisfaciendo así el deseo de la nocturna alucinación. Volaron aquellos pedazos blancos en los que yo pretendí narrar el inagotable dolor de los humildes, sus amarguras, sus infinitos sufrimientos...

ALEKSANDR KUPRIN

LA PESADILLA

La compañía del capitán Markov proseguía su avance. Tenía que unirse al destacamento de represalias.

Los soldados, acusando el cansancio de un largo viaje en vagones poco confortables, estaban silenciosos y malhumorados.

En una estación que tenía un nombre extraño, más bien alemán que ruso, les dieron vodka y cerveza; gentes que se llamaban a sí mismos “verdaderos rusos” les saludaban calurosamente. Los soldados lanzaban “¡hurra!” sin el menor entusiasmo, cantaban canciones militares e incluso danzaban, pero todo ello con una fría expresión en sus herméticos rostros.

Más tarde pasaban a la acción.

La compañía no podía ni quería hacer prisioneros. Por esta razón, todos los que parecían sospechosos eran fusilados inmediatamente, en el mismo lugar donde se les encontraba.

El capitán Markov no se engañaba en sus cálculos psicológicos: sabía bien que el mal humor de los soldados encontraría cierta satisfacción en las sangrientas ejecuciones del pueblo.

La noche del 31 de diciembre la compañía se detuvo en una propiedad señorial medio derruida. La ciudad más próxima no distaba más de quince verstas, y el capitán contaba con llegar a ella hacia las tres de la tarde del día siguiente. Estaba seguro que, a partir de entonces, sus soldados tendrían que participar en una importante batalla, y quería que se tomaran un poco de descanso, calmándose y reconfortándose.

Se les instaló en los cobertizos y en los hórreos. Él ocupó un salón grande y vacío, de alta techumbre, con una enorme chimenea gótica y un gran lecho, que había cogido por la fuerza en la casa del pastor protestante de la localidad.

La impenetrable noche sin estrellas, con nieve y viento, descendió pronto y en forma inadvertida sobre la tierra.

Markov se hallaba solo, sentado en aquel gran salón, ante la chimenea, donde ardían las tablas de una valla rota. Con los pies puestos sobre los barrotes de la chimenea y un mapa del

Estado Mayor sobre las rodillas, estudiaba atentamente la distancia entre la finca y la ciudad. A la luz carmesí del fuego, su rostro, de amplia frente, bigote rizado y mentón rígido y obstinado, aún parecía más severo que de costumbre.

De pronto se abrió la puerta y entró el suboficial con el impermeable chorreando agua. Después de permanecer unos segundos inmóvil en la puerta, y viendo que el capitán ni siquiera advertía su presencia, carraspeó ligeramente.

– ¿Eres tú? –dijo el capitán, volviéndose hacia él–. ¿Qué quieres?

– Tengo el honor de informarle de que todo va bien en la compañía; se han colocado centinelas en todas partes.

– Bien. ¿Hay algo más?

– Nada, mi capitán.

Guardó silencio durante unos instantes, como si esperara algo; luego, en voz baja, añadió:

– ¿Cuáles son sus órdenes respecto a los tres hombres que acabamos de detener?

– ¡Que se les fusile al amanecer! –dijo el capitán con voz seca e imperiosa.

Miró fijamente al suboficial, y añadió:

– Además, no quiero oír preguntas semejantes. ¿Comprendes?

– Sí, mi capitán.

Y callaron de nuevo.

El capitán se echó vestido sobre la cama. El suboficial permanecía en la puerta.

– ¿Algo más? –preguntó Markov con impaciencia.

– Nada, mi capitán.

Parecía vacilar. De improviso, con un tono firme, como hombre que después de reflexionar detenidamente ha tomado una grave resolución, dijo:

– Mi capitán, los soldados preguntan qué se ha de hacer con el otro, con el viejo...

– ¡Vete de aquí! –gritó furioso Markov.

Hasta saltó de su lecho, como si fuese a pegar al suboficial, el

cual se apresuró a abrir la puerta, pero antes de salir se detuvo un instante y, cuadrándose, dijo:

– Tengo el honor de desearte una buena y feliz entrada de año, mi capitán.

– Gracias –respondió secamente Markov–. No te olvides de tomar las medidas oportunas para que los fusiles estén en buen estado. ¡Examínelos bien!

Una vez que estuvo solo de nuevo, se echó en la cama con la cara vuelta hacia la chimenea, sin desnudarse ni quitarse siquiera el sable. Su rostro cambió de pronto, como si hubiera envejecido de repente; su cabeza quedó como hundida en sus hombros, sus ojos se apagaron y entrecerraron; todo su aspecto era el de un hombre cansado y enfermo.

Desde hacía una semana padecía una fiebre muy fuerte, y había tenido que hacer esfuerzos casi sobrehumanos para poder seguir en pie. Nadie en la compañía sabía que por la noche le torturaban crueles accesos de aquella fiebre, que temblaba de frío y que su sueño estaba invadido de terribles pesadillas y de delirio.

El capitán se había tendido de espaldas, contemplando cómo se movían las llamas azulosas por entre las cenizas de la chimenea que, poco a poco, se iban extinguiendo. Sentía que le estaba invadiendo el habitual acceso de malaria, el cual envolvía como una bruma su cabeza y debilitaba todo su cuerpo. Su pensamiento giraba de un modo extraño alrededor de aquel viejo que había sido detenido por la mañana y al que, poco antes, se había referido el suboficial.

El capitán pensaba que el suboficial tenía razón; verdaderamente, en aquel viejo había algo que no era vulgar, una indiferencia por la vida y, al propio tiempo, una dulzura y una tristeza impresionantes. Hombres semejantes, pero mucho más simples y ordinarios, los había visto ya sobre los campos de batalla, en Laodan y Mukden, entre los soldados que sabían morir sin un solo lamento.

Aquella mañana había llevado al viejo a su presencia, junto con otros dos detenidos, hombres jóvenes. El capitán, haciendo un

gesto elocuente y al propio tiempo cínico, les explicó que iban a ser fusilados. Los dos jóvenes palidecieron mortalmente, y sus ojos expresaron el ilimitado terror que sentían, pero el viejo tuvo una sonrisa desdeñosa y su rostro conservó la expresión de cansancio, de indiferencia; podría decirse que de una piedad condescendiente hacia el jefe de aquel destacamento de represalias.

“Si es realmente un rebelde –pensaba Markov, cerrando sus ojos inflamados y sintiendo que cruzaban ante ellos unas tinieblas dulces e impenetrables–, debe ocupar un puesto importante entre los revolucionarios, y entonces he hecho bien en ordenar que le fusilen. ¿Y si no es culpable? En ese caso, tanto peor para él. Yo no puedo apostar dos soldados para que le vigilen, sobre todo con el trabajo que nos espera mañana. Además, ¿por qué no ha de correr él la misma suerte que los otros quince que hemos fusilado estos últimos días? No, eso sería una injusticia para con los que ya hemos ejecutado...”

El capitán abrió de pronto los ojos, sobrecogido por un terror mortal; ante él, en un banquillo, estaba sentado el viejo condenado a muerte. Tenía la cabeza gacha y las manos en las rodillas. Mostraba una actitud tranquila, serena y apacible.

Markov no era hombre que se asustase fácilmente, aunque creyera en poderes misteriosos y sobrenaturales y llevara siempre sobre su pecho un pequeño icono junto con cierto talismán. El huir ante un espectro era algo que consideraba tan cobarde y vergonzoso como escapar ante el enemigo o suplicar que se le perdonase la vida.

Sacó su revólver de la funda, lo amartilló y apuntó a la cabeza del desconocido.

– ¡Si haces un solo movimiento, te mato! –dijo con voz iracunda.

El viejo volvió la cabeza lentamente. En sus labios se dibujó la misma sonrisa que el capitán le había visto por la mañana, cuando le dijo que iba a fusilarle.

– No se inquiete, capitán –dijo tranquilamente el viejo–. No vengo con malas intenciones. No vierta sangre, al menos, hasta que amanezca.

La voz de aquel extraño intruso era tan enigmática como su propia sonrisa: tranquila, monocorde, sin la menor entonación. A Markov le daba la impresión de que, cuando era niño, había oído más de una vez voces semejantes a su espalda, mientras estaba solo en su cuarto o en lugares desiertos.

Obedeciendo instintivamente a aquella voz y a aquella sonrisa, guardó el revólver bajo la almohada y se tendió de nuevo, pero apoyándose en el codo y sin perder de vista la brumosa figura del desconocido.

Durante algunos instantes reinó en la estancia un silencio profundo. Sólo se oía el monótono tictac del segundero del reloj de Markov y el suave crepitar de los carbones encendidos, que de vez en cuando se desmoronaban en la chimenea.

– Dime, Markov –habló finalmente el viejo–: ¿qué le vas a responder no al juez, ni a tus jefes, ni siquiera al emperador, sino a tu propia conciencia, cuando te pregunte por qué has aceptado esta horrible, injusta y sanguinaria misión?

Markov se encogió de hombros displicentemente.

– Me parece, amigo, que tus palabras resultan un poco cómicas para un hombre a quien se va a fusilar dentro de cuatro horas, bajo un árbol. Pero si quieres podemos hablar un rato. Después de todo, será más divertido que estar toda la noche presa de la fiebre y el insomnio. Pues bien, ¿quieres saber lo que voy a responder a mi conciencia? Primero le contestaré que soy soldado y que, por lo tanto, mi deber es obedecer sin razonar; después, que soy un ruso convencido, y es preciso que todo el mundo sepa que quien se atreva a atentar contra nuestro gran imperio será aplastado como un gusano y arrojado al barranco como se arroja a un perro muerto.

– ¡Oh, Markov, Markov! –replicó el viejo–. ¡Qué crueles, salvajes y sanguinarias son tus palabras! ¡Y qué falsas son! Miras las cosas desde tan encima, que sólo ves los detalles más insignificantes, pero aléjate un poco de lo que miras y lo verás tal como es realmente. ¿Crees que tu patria es inmortal? Lo mismo se figuraban antiguamente los persas, los macedonios, los orgullosos romanos, que apretaron entre sus garras de hie-

rro el mundo entero, y los hunos, cuyas hordas salvajes invadían Europa, y los omnipotentes españoles, que eran los dueños de tres partes del mundo. Pregunta a la Historia qué se ha hecho de la enorme fuerza de aquellos pueblos poderosos. Antes de ellos, millares de siglos antes de que nacieran, existían otros pueblos mucho más poderosos, más soberbios y más civilizados que tu patria. Pero la vida, que es más fuerte que los pueblos y más antigua que todos los monumentos, los barrió de su camino sin dejar de ellos el menor rastro, ni siquiera el recuerdo.

– Tonterías –respondió Markov, sintiéndose cada vez más débil–. La historia sigue su marcha y no está en nuestra mano el torcerla.

El viejo rió.

– Te pareces al avestruz, que esconde la cabeza bajo el ala cuando se ve perseguido por los cazadores. Puedes estar seguro de que los hijos de tus hijos se avergonzarán de su abuelo por haber sido un verdugo y un asesino.

– ¿Predicciones? Sí, ya conozco los sueños de los idealistas, que esperan transformar las espadas en arados. ¡Ja, ja, ja! ¡Me imagino lo que sería ese reino de neurasténicos e imbéciles ineptos! No, pobre viejo; no es sino la guerra la que forja cuerpos vigorosos y caracteres férreos. Por otra parte...

Se frotó las sienes, como si se esforzara por recordar algo.

– Por otra parte, eso no tiene ninguna importancia. ¿Qué es lo que yo quería preguntarte? ¡Ah, sí! Supongo que no me vas a mentir. ¿Vienes de lejos?

– Sí.

– ¿Has nacido en Rusia?

– No.

– Pero, ¿eres europeo? ¿Francés? ¿Inglés? ¿Alemán?

– No.

Markov, irritado, dio un puñetazo en el borde de la cama.

– ¿De dónde eres, pues? ¿Y por qué diablos tu rostro me parece tan conocido? ¿Nos hemos quizá encontrado anteriormente en alguna parte?

El viejo inclinó aún más la cabeza y permaneció largo rato silencioso. Finalmente dijo:

– Sí, nos hemos encontrado, Markov, pero tú no me has visto jamás. ¿No recuerdas ya que tu tío, durante la epidemia de la peste, ahorcó en una sola mañana a cincuenta y nueve personas? Aquel día yo estaba a dos pasos de él, pero tampoco me vio.

– Sí, eso es cierto; cincuenta y nueve –balbuceó Markov, sintiendo que su cuerpo era invadido por una oleada de fuego–. Cincuenta y nueve... rebeldes.

– Yo fui también testigo de las crueles acciones de tu padre en Sebastopol, y de tu abuelo, después de la toma de Ismael –continuó el viejo en un tono impasible–. He visto con mis propios ojos verter la sangre en tal cantidad como para inundar la Tierra. Yo estuve con Napoleón en los campos de batalla de Austerlitz, de Friedland, de Jena y Borodino. He visto a la muchedumbre aplaudiendo a los que, desde la guillotina, mostraban la cabeza ensangrentada de Luis XVI. Ante mí, durante la famosa noche de San Bartolomé, los fieles católicos mataron, entre cánticos y plegarias, a las mujeres y a los hijos de los hugonotes. Mezclado con la multitud de los fanáticos furiosos, he visto cómo los santos varones, los inquisidores, quemaban vivos en las hogueras a los herejes; cómo, para mayor gloria de Dios, se les arrancaba la piel y se les vertía plomo derretido por la boca. He seguido en su marcha a las hordas de Atila, de Gengis Kan y de Solimán el Magnífico, que señalaba su camino con montones de cráneos humanos. Entre la salvaje muchedumbre romana he asistido al circo, y vi cómo, sobre la arena, arrojaban a las fieras hambrientas a los cristianos, metidos en sacos de esparto, y cómo se alimentaba a los peces con cuerpos de esclavos. He presenciado las locas orgías de Nerón, he escuchado los llantos de los judíos al pie del muro derruido de Jerusalén...

– Eres una pesadilla... ¡Vete, vete! Eres un sueño febril de mi imaginación enferma... ¡Vete! –murmuró Markov, abriendo con dificultad sus labios secos.

El viejo se levantó del banco. Su figura encorvada se irguió y de repente se hizo tan alta, que tocaba el techo con sus cabellos. Se puso a hablar de nuevo con una voz lenta, monótona y amenazadora:

– Incluso he visto la primera sangre humana que se vertió en el mundo. Había entonces sobre la Tierra sólo dos hermanos. Uno era tierno, afectuoso, trabajador y bueno; el otro, el mayor, era altivo, cruel y envidioso. Un día, fueron con sus presentes para sacrificarlos en el altar de Dios; el menor llevó frutos de la tierra; el mayor, carne de animales que había matado. Pero el mayor tenía odio en su corazón, y el humo de su altar se arrastraba por el suelo, mientras que el del altar de su hermano se elevaba hacia el cielo en una línea recta. Entonces el corazón del mayor se llenó de cólera y de envidia, y en aquel preciso momento se cometió el primer crimen sobre la Tierra...

– ¡Dios mío, déjame ya, te lo suplico...! –exclamó Markov, estrujando con sus dedos crispados la colcha de la cama.

Pero el viejo seguía impertérrito.

– Sí, vi cómo los ojos de aquella primera víctima humana se dilataban por el terror ante la muerte, cómo sus dedos crispados arañaban la tierra teñida de sangre. Y cuando, tras el último estremecimiento, se quedó inmóvil, tendido en el suelo, frío y pálido, un pavor indecible se apoderó de su asesino. Huyó hasta el último rincón de un bosque, y allí, cubriéndose el rostro con las manos, permaneció prosternado en el suelo, temblando con todo su cuerpo hasta que vino la noche, hasta el momento en que la voz irritada de Dios le preguntó: “Caín, ¿dónde está tu hermano Abel?”

– ¡Vete, no me atormentes! –suplicó Markov, sin apenas poder mover sus labios.

– Presa de terror, yo respondí entonces a Dios..., porque yo era Caín. Le dije: “¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano?” Y fue entonces cuando Dios me maldijo para siempre: “¡Vivirás eternamente, mientras exista el mundo que he creado! ¡Vagarás por los siglos de los siglos, a través de la Tierra, sobreviviendo

a los pueblos y a los reinos, y tus ojos no verán más que la sangre que has vertido y tus oídos no oirán más que los gritos de agonía, en los que siempre reconocerás el último grito de tu hermano.”

El viejo permaneció silencioso durante un instante, y cuando se puso a hablar nuevamente, cada una de sus palabras caía en el ánimo de Markov como una gota de plomo derretido.

– ¡Dios todopoderoso! ¡Justa e implacable es tu sentencia! ¡Siglos y decenas de siglos hace ya que vago a través de la tierra, implorando en vano la muerte! Una fuerza superior a mí y cruel me empuja a todos los lugares donde mueren las gentes, en los campos de batalla, donde lloran las madres dirigiendo maldiciones contra mí, el primer fraticida. Y no hay límite a mis sufrimientos, porque cada vez que veo un hombre ensangrentado, veo nuevamente a mi hermano, echado contra el suelo y clavando sus dedos crispados en la tierra, manchada de sangre. Y en vano quiero gritar a las gentes: “¡Despertad! ¡Despertad!”

– ¡Despiértese, capitán, despiértese! –gritaba el suboficial, inclinándose al oído de Markov–. ¡Acaban de traer un despacho!

El capitán se levantó apresuradamente y saltó del lecho. Se rehízo inmediatamente. El carbón, en la chimenea, estaba apagado. La pálida luz de la madrugada entraba por la ventana, inundando la estancia.

– ¿Y los..., los detenidos? –preguntó, con voz alterada.

– Todo ha terminado, mi capitán. Se les acaba de fusilar.

– ¿Y el otro, ¿el viejo?

– Fusilado también.

De repente, Markov sintió que le fallaban sus fuerzas. Se dejó caer sobre el lecho. El suboficial permaneció inmóvil, esperando órdenes.

– Oye, amigo mío. Te voy a entregar el mando de la compañía –dijo con voz apenas audible–. Yo voy a pedir hoy mismo un permiso, porque... porque... no puedo más. Esta maldita fiebre me tiene agotado... Quizá hasta...

De sus labios brotó una especie de sonrisa de enfermo, que más bien parecía una mueca.

– Quizá hasta... me vea obligado a... pedir mi retiro... Necesito descanso.

Ante las palabras de su jefe, el suboficial no manifestó la menor extrañeza.

Y haciendo el saludo militar de ordenanza, respondió tranquilamente:

– A sus órdenes, mi capitán.

ALEKSANDR PUSHKIN

EL DUELO

Nos hemos batido a pistola
Baratinski

He jurado matarle
de un pistoletazo en duelo
"La noche en el vivac"

I

Por aquel entonces estábamos de guarnición en la pequeña ciudad de * * *.

Todo el mundo conoce la vida del oficial de infantería. Por la mañana, teoría y ejercicios; después, comer en casa del comandante del regimiento o en la posada de un judío; por la noche, bebida y juego.

En la ciudad de * * * no había hogar que nos abriese sus puertas y ni una sola joven casadera. Nos reuníamos, pues, unos en casa de otros, donde sólo veíamos uniformes.

Solamente un civil alternaba con nosotros. Tenía aproximadamente treinta y cinco años de edad, motivo por el cual le respetábamos como a un anciano. Su experiencia le daba una gran superioridad sobre nosotros; su carácter, duro y sombrío, y su causticidad, impresionaban vivamente nuestros espíritus jóvenes.

Su existencia estaba envuelta por un velo de misterio: parecía ruso, pero su apellido era extranjero. En otro tiempo había servido con honor en un regimiento de húsares y nadie sabía el motivo que le había obligado a retirarse y establecerse en aquella pequeña ciudad, donde llevaba una vida pobre y pródiga al mismo tiempo. Iba siempre a pie, con un negro gabán completamente raído y manchado, pero su mesa se hallaba lista en cualquier momento para todos los oficiales de nuestro regimiento. Cierto es que las comidas se reducían a dos o tres platos servidos por un ex soldado, pero abundaba el *champagne*.

Todos ignoraban a cuánto ascendía su fortuna y sus rentas, y nadie se habría atrevido a preguntárselo. Tenía una gran cantidad de libros, en especial tratados militares y novelas, que prestaba sin ocuparse nunca en pedirlo, de manera que no los recuperaba jamás.

Su ejercicio principal era el tiro, y las paredes de su cuarto estaban acribilladas de balas, semejando panales de miel. Una hermosa colección de pistolas constituía el único lujo de la humilde mansión en que vivía. Había llegado a adquirir una sorprendente destreza en el uso de las armas hasta el extremo de que, si hubiera solicitado un voluntario para permitir que le derribase de un balazo el pompón de su quepis, nadie en el regimiento hubiese vacilado en confiarle tranquilamente su cabeza. Nuestras conversaciones recaían frecuentemente sobre el tema del duelo. Silvio (le llamaré de este modo) nunca se mezclaba en ellas. Cuando le preguntaban si se había batido alguna vez, respondía secamente que sí, pero sin entrar jamás en detalles. Se notaba claramente que aquellas preguntas no le resultaban agradables. Todos nos imaginábamos que tenía sobre su conciencia alguna desdichada víctima de su terrible destreza. Por lo demás, nunca se nos hubiera ocurrido sospechar que aquel hombre pudiera dar muestra alguna de timidez. Hay personas cuya sola apariencia pone al abrigo de semejante sospecha. Sin embargo, sobrevino un incidente que a todos nos llamó la atención.

Cierto día habían comido en casa de Silvio diez oficiales de nuestro regimiento. Se bebió como de costumbre, o sea, mucho. Después de la comida, le rogamos a nuestro anfitrión que nos pusiera una mesa de juego. Se negó repetidas veces alegando no haber jugado jamás, pero finalmente, accediendo a nuestras súplicas, trajo un mazo de cartas; colocó sobre la mesa cincuenta rublos y empezó a actuar de banquero.

Todo le rodeamos y la partida no tardó en animarse. Silvio jugaba guardando el silencio más absoluto, sin discutir y sin hacer la menor observación. Si se equivocaba en sus cálculos, pagaba inmediatamente la diferencia o apuntaba el excedente. Pronto nos dimos cuenta de ello y le dejamos en libertad de cumplir, a su manera, sus deberes de anfitrión.

Entre nosotros se hallaba un oficial recientemente destinado a * * *, quien, en el curso del juego, dobló, por distracción, una esquina de más. Silvio cogió la tiza y, siguiendo su costumbre, apuntó una cifra igual al número de esquinas dobladas. El oficial, creyendo que el banquero se había equivocado, comenzó a darle explicaciones. Silvio, sin responderle, siguió el juego. El otro perdió la paciencia y borró con el cepillo lo que, a su entender, no correspondía. Silvio volvió a coger la tiza e inscribió el mismo guarismo.

El oficial, excitado por el vino, por el juego y por las sonrisas de sus compañeros, vio en el hecho una gravísima injuria; y apoderándose con rabia del candelabro de metal que estaba sobre la mesa, se lo arrojó a Silvio, quien milagrosamente logró evitar el golpe.

Estábamos todos sentados. Silvio se levantó y, pálido de ira, le dijo:

– Caballero, haced el favor de salir y dad gracias a Dios de que esto haya ocurrido en mi casa.

No teníamos dudas acerca del giro que tomaría aquel asunto; todos veíamos muerto a nuestro nuevo camarada. El oficial salió, no sin antes declarar que estaba dispuesto a dar al señor banquero la satisfacción que le debía.

El juego prosiguió durante algunos minutos, pero era fácil adivinar que el anfitrión tenía la cabeza puesta en otra cosa. Uno tras otro nos fuimos retirando a nuestras respectivas casas, pero antes, cambiamos algunas palabras relativas a nuestras inminentes vacaciones.

Al día siguiente, durante el ejercicio, nos preguntábamos si el pobre teniente estaría aún con vida cuando de pronto le vimos llegar. Al interrogarle acerca del asunto, nos dijo que no había recibido noticia alguna de Silvio.

Eso nos extrañó. Fuimos a casa de Silvio y le hallamos en el patio, entretenido en meter balas, una detrás de otra, en un as que había pegado en la puerta de la cochera. Nos recibió como siempre, sin hacer la menor alusión al acontecimiento de la víspera.

Transcurrieron tres días y el joven teniente continuaba con vida.

“¿Es posible que Silvio no piense batirse?” nos interrogábamos con extrañeza.

Silvio no se batió. Se conformó con una breve explicación e hizo las paces con el oficial que le había ofendido.

Esto sirvió para desmerecer extraordinariamente el concepto que los jóvenes le tenían. La falta de coraje es lo último que perdonan los muchachos, para quienes el valor constituye la más bella cualidad del hombre, e inclusive perdona los mayores defectos. Sin embargo, poco a poco, todo este asunto se relegó al olvido y Silvio recuperó su anterior prestigio.

Yo era el único que no podía acercarme a él nuevamente. Dotado por la naturaleza de una imaginación romántica, había intimado más que los otros, con aquel hombre cuya vida era un enigma y en quien, sin saber por qué, creía ver al héroe de algún drama misterioso. Él también me apreciaba y al menos conmigo prescindía de su causticidad, hablándome de temas diferentes con una amabilidad y dulzura que no le eran comunes.

Pero a partir de aquella desgraciada noche la idea de que su honor había sido mancillado sin que se hubiese apresurado a

lavar con sangre esa mancha, me atormentaba, impidiéndome tratarle como antes. Me avergonzaba mirarle.

Silvio tenía demasiado talento y experiencia para no advertir este cambio y adivinar su motivo. Parecía disgustado, y en dos ocasiones me di cuenta de que deseaba tener una explicación conmigo, pero yo siempre le evadía; entonces, él se alejaba. Sólo nos veíamos en presencia de los demás camaradas, y nuestras francas conversaciones de otros tiempos habían cesado por completo.

Los dispersos habitantes de la capital desconocen multitud de sensaciones que son familiares a los de las aldeas o las pequeñas ciudades; como, por ejemplo, la espera del correo. Los martes y los viernes, la cancillería de nuestro regimiento se llenaba de oficiales; uno esperaba dinero, otro una carta, un tercero los periódicos. Normalmente se abría la correspondencia allí mismo y el local presentaba entonces un aspecto muy animado. Silvio se hacía dirigir las cartas a nuestro regimiento y venía a recogerlas con regularidad.

Un día recibió un pliego cuyo sello rompió con marcada indiferencia. Mientras su mirada recorría el escrito, sus ojos fulguraban. Los oficiales, ocupados en leer su propia correspondencia, no habían reparado en ello.

– Señores – anunció Silvio –, las circunstancias me llaman con urgencia muy lejos de aquí; salgo esta misma noche. Espero que no rehusaréis comer por última vez conmigo. A vos también os espero – añadió dirigiéndose a mí –; confío en que no faltaréis.

Tras pronunciar estas palabras salió precipitadamente, y nosotros, después de habernos citado en casa de Silvio, nos marchamos cada uno por nuestro lado.

Cuando llegué, a la hora señalada, encontré a la mayor parte del regimiento. Sus baúles estaban listos y sólo quedaban las paredes acribilladas a balazos.

Nos sentamos a la mesa. El anfitrión estaba radiante de júbilo y no tardó en comunicarnos su alegría. A cada momento saltaban con estrépito los tapones y las copas rebosaban de líquido

espumoso; le deseamos, de todo corazón, al que se iba, un magnífico viaje y buena suerte en todas las circunstancias de su vida.

Cuando nos levantamos de la mesa era tarde. Después de haberse despedido de todos, Silvio, tomando su sombrero, me cogió de la mano y me detuvo en el mismo momento en que me disponía a salir.

– Tengo que hablaros –me dijo en voz baja.

Me quedé.

Los demás invitados se marcharon y finalmente estuve a solas con él. Nos sentamos el uno frente al otro y, en silencio, encendimos nuestras pipas. Estaba preocupado; de su rostro habían desaparecido todos los rasgos de su contagiosa alegría. Una sombría palidez, sus ojos relucientes y la espesa humareda que salía de su boca, le daban el aspecto de un verdadero diablo. Transcurrieron así algunos minutos. Al fin, Silvio rompió el silencio.

– Es muy posible –me dijo– que jamás nos volvamos a ver, y antes de separarnos he querido tener una explicación con vos. Habéis podido comprobar en cuán poca estima tengo la opinión de los demás, pero os tengo un gran aprecio y lamentaría dejar en vuestro espíritu injustas prevenciones contra mí.

Se detuvo un momento y llenó nuevamente la pipa. Mientras tanto, yo guardaba silencio sin levantar la mirada.

– Os habrá parecido extraño –prosiguió– que no haya exigido una satisfacción a ese borrachín de R... No obstante, convendréis conmigo en que, correspondiéndome la elección de armas, tenía su vida en mis manos, sin que la mía corriera riesgo. Podría atribuir esta magnanimidad de que di muestras a mi buen corazón, pero no quiero mentir. Si pudiese castigar a R..., sin exponer mi vida lo más mínimo, jamás lo habría perdonado.

Miré a Silvio con asombro; aquella confesión me había turbado.

– Es cierto –prosiguió–; no tengo el derecho de exponerme a la muerte. Hace seis años recibí un bofetada, y mi enemigo aún vive.

Mi curiosidad se excitó vivamente.

– ¿Y no os batisteis? –le pregunté–. ¿Lo evitaron las circunstancias?

– Me batí con él –respondió Silvio–, y he aquí un recuerdo de nuestro duelo.

Se levantó y sacó de su sombrerera un gorro rojo, con borla y guarniciones de oro; lo que los franceses llaman un gorro de policía. Se lo puso en la cabeza, y entonces pude apreciar que estaba atravesado por una bala a un dedo de la frente.

– Sabéis –prosiguió– que he servido en el regimiento de húsares de * * *. Ya conocéis mi carácter: estoy acostumbrado a dominar, y dominar fue la pasión de mis años juveniles. En aquellos tiempos la violencia estaba de moda: yo era el hombre más indeseable del ejército. Nuestro honor consistía en embriagarnos; y he bebido más que el célebre Burtzev, descrito por Dionisi Davidov. En nuestro regimiento no había más que duelos, en los que yo era siempre protagonista o testigo. Mis compañeros me adoraban y mis jefes, que se renovaban a cada momento, me miraban como a un mal necesario.

“Disfrutaba con tranquilidad de mi gloria, cuando se incorporó a nuestra unidad un joven de familia noble y rica, cuyo nombre no viene al caso. No he visto en mi vida una felicidad tan completa. Imaginad la juventud, el talento, la belleza, la alegría más desenfadada, el valor más indomable, un nombre ilustre, abundancia ilimitada de dinero, que parecía no acabarse jamás, y tendréis una idea del ascendiente que ejerció sobre nosotros. Mi supremacía empezó a tambalearse. Deslumbrado por mi fama, quiso buscar mi amistad, pero yo le acogí fríamente y tuvo que retirarse irritado contra mí.

“Empecé a aborrecerle. Sus éxitos entre la tropa y sus triunfos con las mujeres me produjeron una tremenda desesperación. Traté de buscarle querella, pero respondía a mis epigramas con otros más ingeniosos y acerados, más graciosos aún que los míos, y mientras yo me enfurecía, él se divertía cada vez más.

“Finalmente, una noche, en el baile de un hacendado polaco, harto de verle objeto de la atención de todas las damas, y, en especial, de la dueña de la casa, con la que yo estaba en relación en aquellos momentos, le dije al oído una inicua grosería. Se enfureció y me dio una bofetada. Tiramos de sable y las damas se desmayaron. Alguien nos separó, pero aquella misma noche decidimos batirnos.

“Empezaban a aparecer los primeros resplandores del alba. Yo me encontraba en el lugar designado de antemano, en compañía de mis tres testigos, esperando a mi adversario con una inexplicable impaciencia. El sol comenzó a elevarse majestuosamente y el calor se dejó sentir. Al fin le vi venir a lo lejos, a pie y seguido de un solo testigo.

“Salimos a su encuentro. Se aproximó, con el gorro lleno de guindas. Los testigos midieron doce pasos. Yo debía tirar primero, pero la rabia me hacía temblar de tal modo que dudaba de la seguridad de mi pulso, y para darme tiempo de recuperar la calma, quise cederle el turno. Pero mi adversario no aceptó. Se acordó que la suerte lo decidiera, y la suerte se declaró a favor de su eterno favorito. Apuntó y me atravesó el gorro con su bala.

“Había llegado mi turno. Su vida estaba por fin en mis manos. Le miré con avidez, tratando de descubrir en su fisonomía siquiera una sombra de inquietud, pero le vi impertérrito frente al cañón de mi pistola, eligiendo del gorro las guindas más maduras y arrojando al aire los huesos, que llegaban hasta mí. “¿Por qué –pensé– privarle de una existencia a la que no concede el más insignificante valor?”

“Un pensamiento malvado atravesó entonces mi mente, y bajé la pistola, diciendo:

“– No me parece este el momento más oportuno para mataros. Deseáis desayunar y no quiero impedirlo.

“– No me lo impedís –replicó con su calma habitual–. Podéis tirar si gustáis. Sin embargo, haced lo que más os agrade; no perderéis vuestro turno y siempre me tendréis a vuestra disposición.

“Entonces me volví hacia los testigos, manifestándoles que no tenía intención de tirar aquel día, y de este modo terminó el duelo.

“Solicité licencia absoluta y me retiré a esta pequeña ciudad. Desde entonces no ha pasado un solo día sin pensar exclusivamente en mi venganza. Hoy ha llegado la hora...

Silvio sacó del bolsillo la carta que había recibido aquella mañana y me la dio a leer. Alguien (el encargado de sus asuntos, sin duda) le escribía desde Moscú que “la persona en cuestión” iba pronto a contraer matrimonio con una joven muy bella.

– Ya habréis adivinado quién es “la persona en cuestión”. Me marchó a Moscú. Veremos si en el momento de casarse acogerá la muerte con la misma indiferencia que cuando comía guindas.

Después de decir eso, Silvio se puso de pie, arrojó al suelo el gorro y, enfurecido, empezó a recorrer la habitación como un tigre encerrado en una jaula. Yo permanecía inmóvil, sobreco-gido por sentimientos extraños y contradictorios.

El criado vino a anunciar que los caballos estaban dispuestos. Silvio me estrechó la mano con fuerza; nos dimos un afectuoso abrazo y fue a acomodarse en el carruaje, en el cual habían colocado ya sus dos baúles: uno lleno de pistolas y el otro de diversos efectos. Nos dijimos el último adiós y los caballos partieron al galope.

Transcurrieron algunos años. Asuntos de familia me habían obligado a establecerme en una pobre aldea del distrito de N. Aunque dedicado por completo a mis ocupaciones familiares, recordaba con añoranza mi vida anterior, tan alegre y feliz. Las largas veladas del invierno y la primavera se me hacían particularmente intolerables. Esperaba sin demasiado tedio la hora de comer, conversando con el *starosta*, dedicado a mis asuntos o paseando; pero apenas caía la noche ya no sabía en absoluto qué hacer. Los libros raros que encontré en los armarios y en un desván me los sabía de memoria. Todos los cuentos que la casera Kirilovna recordaba, me los había referido mil veces. Las canciones de las mujeres me aburrían. Empecé a beber alcohol de una manera brutal, pero me producía insoportables dolores de cabeza, y, además, lo confesaré ingenuamente, temía convertirte en un borracho triste, que son los de la peor especie, de los cuáles he visto tantos en nuestro distrito.

No tenía parientes próximos, aparte de dos o tres en extremo originales, cuya conversación consistía la mayor parte del tiempo en hipos y suspiros. Más valía estar solo, y acabé por acostarme cuanto antes, después de haber comido lo más tarde posible, acortando de este modo las veladas y alargando al mismo tiempo los días.

A cuatro verstas del lugar de mi residencia había una magnífica finca, perteneciente a la condesa R..., la cual sólo estaba habitada por su intendente, pues ella no había vivido allí nada más que una vez, el primer año de casada, y sólo durante un mes. Sin embargo, durante el segundo año de mi vida de aislamiento, y precisamente en la primavera, corrió el rumor de que la condesa vendría a pasar el verano en sus dominios, junto con su esposo. En efecto, llegaron durante los primeros días de junio.

La llegada de un vecino rico es un acontecimiento de considerable importancia en la vida rural. Los hacendados y sus domésticos no hablan más que de ellos dos meses antes y tres meses después. Confieso que por lo que a mí respecta el anuncio de una vecina joven y hermosa me conmovió vivamente; ardía en deseos de verla, y por ese motivo, el primer domingo después de su llegada me dirigí, después de comer, a la aldea de * * *, a fin de ofrecerme a Sus Excelencias como su vecino más próximo y su servidor más humilde.

Un lacayo me introdujo en el gabinete del conde y fue a anunciarme. Era una habitación lujosamente amueblada: a lo largo de las paredes había elegantes librerías, llenas de volúmenes y rematadas cada una por un busto de bronce. Sobre la chimenea de mármol brillaba un magnífico espejo y el suelo estaba alfombrado. Hacía tiempo que en aquel pobre rincón había perdido la costumbre del lujo, tanto en mi triste morada como en la de mis vecinos, que, de pronto, perdí el valor y esperé al conde temblando, como un provinciano cesante aguarda la aparición del ministro.

Se abrió la puerta y vi entrar en la estancia a un hombre de buena presencia, de unos treinta y dos años. El conde avanzó hacia mí con aire franco y afable. Procuré recuperar mi dominio y le hice mi propia presentación; él me colmó de agasajos. Nos sentamos. La conversación, sencilla y amistosa, no tardó en disipar mi extremada timidez. Iba recuperando la serenidad perdida cuando la entrada de la condesa me produjo una turbación mayor aún que la precedente.

Era una verdadera belleza en toda la extensión de la palabra. El conde me la presentó. Quise aparentar soltura, pero cuanto más trataba de mostrarme desenvuelto, más torpe resultaba. Ellos, para darme tiempo a reponerme y acostumbrarme a ver caras nuevas, se pusieron a hablar entre sí y a tratarme como a un buen vecino, sin la menor etiqueta.

Empecé a moverme por la estancia, mirando alternativamente los libros y los cuadros; aunque no soy entendido en el arte pictórico, me llamó la atención uno de ellos. Representaba un pai-

saje suizo, pero no fue precisamente la pintura lo que me llamó la atención, sino el lienzo atravesado por dos balas, una encima de otra.

– He aquí un tiro notable –dije al conde.

– ¡Oh, sí! –respondió él–. ¡Muy notable! Y vos, ¿tiráis bien?

– No se me da mal –repuse, satisfecho de ver que la conversación recaía sobre un asunto que me era tan familiar–. A treinta pasos, y tirando con pistola, seguro que no dejaría de hacer blanco en una carta.

– ¿De veras? –dijo la condesa admirada; y tú, amigo mío, ¿lo harías a treinta pasos?

– Nunca lo lograría –respondió el conde–. Hubo un tiempo en que no tiraba mal, pero hace ya cuatro años que no toco una pistola.

– En ese caso –dije yo–, apuesto a que Vuestra Excelencia no daría en el blanco a veinte pasos; la pistola requiere un ejercicio diario. Lo sé por experiencia. Yo era el primer tirador de mi regimiento, pero estuve en cierta ocasión un mes entero sin coger una pistola, y el primer día que volví a tirar erré cuatro veces seguidas el blanco en una botella a veinte pasos de distancia. No, Excelencia; no conviene dejar este ejercicio, pues se entorpece la mano. El mejor tirador que he conocido, disparaba todos los días por lo menos tres tiros antes de la comida. Hubiera olvidado tomar el aperitivo antes que renunciar a este ejercicio.

El conde y la condesa estaban muy satisfechos al ver que comenzaba a entablar una conversación.

– ¿Cómo tiraba? –preguntó el conde.

– Veréis... Cada vez que veía una mosca en la pared... ¿Os reís, señora condesa? Dios es testigo de que digo la verdad. Repito que cada vez que veía en la pared una mosca, gritaba: “¡Kuzeca, la pistola!” Kuzeca le traía la pistola; tiraba y aplastaba la mosca contra el muro.

– Es milagroso –dijo el conde–. ¿Y cómo se llamaba?

– Silvio, Excelencia.

– ¡Silvio! –exclamó el conde levantándose bruscamente–.

¿Habéis conocido a Silvio?

– Así es. Éramos muy amigos. Le acogimos en nuestro regimiento como a un camarada o hermano. Pero hace ya cinco años que no tengo la menor noticia de él. Entonces, ¿Vuestra Excelencia lo ha conocido también?

– ¡Demasiado, por desgracia! ¿Nunca os contó cierta singular aventura?

– ¿Os referís, tal vez, a la bofetada que le dio su rival en un baile?

– ¿No os dije jamás el nombre de ese rival?

– No, Excelencia; jamás lo nombró... ¡Ah! –exclamé al punto–. Sospecho la verdad. Perdonadme, ignoraba... ¿Acaso sois vos?

– Yo mismo –respondió turbado el conde–, y ese lienzo atravesado por dos balas fue testigo de nuestra última entrevista.

– ¡Por Dios! –exclamó la condesa–; no vuelvas a referir esa historia; me haría un daño terrible escucharla.

– No –replicó el conde–; he de decirlo todo. El señor conoce la ofensa que inferí a su amigo y es preciso que sepa cómo Silvio se ha vengado.

Me acercó una butaca y escuché con vivo interés el siguiente relato:

“– Me casé hace cinco años. El primer mes, la luna de miel, como suele decirse, la pasé aquí, en el campo. Esta morada encierra los recuerdos de los mejores instantes y del momento más grave de mi vida. Una noche, mientras dábamos un paseo a caballo, se encabritó la montura de mi esposa, y ella, asustada, me entregó sus bridas y regresó a casa andando. Naturalmente, llegué primero, y al entrar en el patio descubrí, no sin sorpresa, una calesa de viaje. Me dijeron que en mi gabinete esperaba un desconocido que no había querido dar su nombre, declarando simplemente que deseaba hablarme. Entré en la habitación y, en la penumbra, junto a la chimenea, vi a un hombre completamente cubierto de polvo.

“– ¿No me reconoce, conde? –me dijo con voz temblorosa.

“– ¡Silvio! –exclamé, sintiendo, os lo confieso, que se me erizaban los cabellos.

“– Soy yo –replicó él–, que vengo a descargar mi pistola sobre ti; ¿estás dispuesto?”

“Y sacó del bolsillo una pistola.

“Medí, sin contestar, doce pasos, y me coloqué allí, en aquel rincón, rogándole que disparara enseguida, antes de que llegase mi esposa. Procedía con gran parsimonia y pidió luz. Los criados trajeron bujías. Cerré la puerta, ordenando que no entrase nadie, y de nuevo le rogué que se diera prisa. “Cogió su pistola, apuntó...

“Yo contaba los segundos..., pensaba en ella... Transcurrió un minuto espantoso. Silvio, finalmente, bajó el brazo.

“– Siento –dijo– que mi pistola no esté cargada con huesos de cereza. La bala es pesada. Me parece que esto no es un duelo, sino un asesinato; yo no tengo costumbre de apuntar a un adversario desarmado. Volvamos a empezar: echemos suertes para ver quién debe tirar primero.

“La cabeza me daba vueltas; creo que rehusé. Al fin cargamos otra pistola, doblamos dos trozos de papel, los metió en su gorro, que estaba atravesado por una bala mía, y de nuevo saqué el número uno.

“– Tienes, conde, una suerte infernal –dijo, con una sonrisa que no olvidaré nunca.

“No me explico cómo fue, cómo logró convencerme, pero lo cierto es que disparé primero e hice blanco en este cuadro.

El conde señaló entonces con el dedo el cuadro atravesado por las balas; su rostro parecía despedir llamas. La condesa estaba más pálida que su pañuelo. En cuanto a mí, no pude reprimir una exclamación.

– Disparé –prosiguió el conde– y a Dios gracias erré el tiro. Entonces Silvio (en aquel momento estaba realmente impresionante) me apuntó. De repente se abrió la puerta y Masha se precipitó hacia mí; lanzó un grito y me echó los brazos al cuello. Al verla, perdí el valor por completo.

“– ¿No ves, querida mía, que se trata de una broma? –le dije–. ¡Qué asustada estás! Anda, ve a tomar un vaso de agua y vuelve otra vez a mi lado, que quiero presentarte a un antiguo compañero y amigo.

“Masha no creyó una palabra.

“– Hablad –dijo a Silvio con ademán imperioso–; ¿es cierto lo que dice mi marido?

“– Vuestro esposo bromea siempre –aseguró Silvio–. Una vez me dio en broma una bofetada; luego me atravesó el gorro con una bala, también por juego, y acaba de errar el tiro, sólo por entretenimiento. Ahora yo también siento deseos de bromear. “ Y después de pronunciar estas palabras, trató de apuntarme otra vez, ¡delante de ella! Masha se arrojó a sus pies.

“– ¡Levántate, Masha! –grité fuera de mí–; eso es una vergüenza. Y vos, caballero, ¿queréis dejar de burlaros de una pobre mujer? ¿Tiraréis por fin, o no?

“– ¡No, no tiraré! –respondió Silvio–. Ya estoy satisfecho: he visto tu turbación, tu debilidad, te he obligado a disparar contra mí; eso me basta; me recordarás toda tu vida. Te dejo con tu conciencia.

“Se dirigió a la puerta, pero al llegar al umbral se detuvo, miró el cuadro que mi bala había atravesado y tiró sobre él, casi sin apuntar. Mi esposa había sufrido un desmayo; mis criados le contemplaban aterrados, sin atreverse a detenerlo. Salió a la escalinata, llamó su postillón y se fue.

El conde guardó silencio. Yo acababa de saber el final de la historia cuyo principio, en otro tiempo, me había intrigado vivamente.

No he vuelto a ver al héroe de esta historia. Dicen que Silvio mandaba un destacamento cuando la sublevación de Aleksandr Ypsilanti, y fue muerto en la batalla de Skulana.

MIJAÍL ZOSCHENKO

LA PSIQUIATRÍA

Ayer estuve en la clínica para curarme. Había un enorme gentío. Casi como en el tranvía. Lo más curioso de todo era ver la hilera de gente que quería consultar al psiquiatra. Yo le dije a mi vecino:

– ¿Sabe usted? Lo que me asombra es la cantidad de gente que está enferma de los nervios. Forman una mayoría abrumadora.

Un ciudadano bastante gordo, que posiblemente había sido antes un verdulero o quién sabe qué demonios, dijo:

– ¿Qué tiene eso de extraño? La humanidad quiere comerciar, y aquí lo único que puedes hacer es mirar. Por eso yo estoy enfermo.

Otro, de semblante ceroso, seco, con una vieja guerrera, salta y dice:

– Oiga usted, cuidado con lo que dice, porque, de lo contrario, voy a telefonar a donde corresponde y ya le darán a usted humanidad.

Un hombre con bigote gris pretendió aplacar los ánimos.

– ¿Qué le importa a usted esa gente? –dijo, dirigiéndose al del rostro ceroso–. Son simplemente ignorantes. No saben nada. No; las enfermedades nerviosas tienen causas mucho más profundas. La humanidad está desbordada. La razón del auge de las enfermedades nerviosas está en la ciudad, en los tranvías, los balnearios... la civilización, en suma. Nuestros antepasados de la Edad de Piedra vivían y bebían a placer, y hacían esto y aquello sin resentirse de los nervios. Hasta creo que entonces ni siquiera tenían médicos.

Y el de la cara cerosa dice:

– ¡Ah!, no le gusta la civilización, ¿eh? ¿No le gusta nuestra administración? Bonita manera de hablar, dentro de un establecimiento soviético. No mezcle usted la ciencia con sus opiniones burguesas. ¿Sabe usted cómo se arreglan esas opiniones?

En este momento llama el médico:

– El siguiente.

Y el hombre de rostro ceroso, con su vieja guerrera, se apresura, sin terminar la frase, y desaparece detrás del biombo.

Al poco rato oímos que al otro lado del biombo el enfermo dice:

– En realidad, estoy completamente bien; lo único que padezco es de insomnio. Duermo mal. Recéteme algunas gotas o algunas píldoras.

El médico le contesta:

– No, píldoras no le receto. No hacen más que perjudicar. Yo me atengo a los modernos métodos terapéuticos. Yo busco la causa de la enfermedad y la ataco en su raíz. Ese es mi método. Usted tiene el sistema nervioso deshecho. Y ahora le pregunto: ¿Ha sufrido usted alguna emoción? Piense bien.

En un principio, al enfermo le cuesta comprender; luego suelta diferentes sandeces, y, por fin, afirma que no ha sufrido nunca emoción alguna.

– Piense usted bien –insiste el médico–. Es muy importante recordar la causa. Ya la encontraremos, la analizaremos, y quizá vuelva usted a recobrar la salud.

El enfermo repite:

– No, no he sufrido emociones.

– Está bien –dice el médico–; quizá se ha excitado por algo. Alguna excitación violenta, algún trauma, ¿eh?

– Sí, una vez tuve una emoción, pero hace ya mucho tiempo, quizá diez años.

– Diga, diga –insiste el médico–. Eso le aliviará. Es decir, que se ha estado atormentando durante diez años. De acuerdo con mi método, tiene usted que contarme esa vivencia abrumadora. Y entonces se sentirá usted más aliviado y podrá volver a dormir.

El enfermo carraspea un poco, reflexiona y empieza a contar:

– Acababa de regresar del frente. No había estado en casa desde hacía medio año. Llego y subo la escalera. Mi ropa, naturalmente, se hallaba en bastante mal estado. El capote y los pantalones. Por todas partes pululaban los piojos. Y de este modo me llego hasta mi esposa, a quien no había visto desde

hacía medio año. Me dirijo, pues, hacia ella, pensando que no está bien presentarse con un aspecto tan desastrado ante mi mujer. Entro en la habitación y veo que allí hay una mesa. Y sobre la mesa, vodka y arenques. A la mesa está sentado mi sobrino Mishka., el cual rodea con el brazo el cuello de mi mujer. No, no; esto no me soliviantó lo más mínimo. No; yo pensé: “¿Acaso una mujer joven no puede dejarse abrazar?” En ese momento, los dos me ven. Mishka coge rápidamente la botella de vodka y la esconde debajo de la mesa. Mi mujer dice: “Buenos días.” Esto tampoco me excitó, y le di los buenos días. Entonces me fijo en que Mishka lleva puesta mi chaqueta. Mire usted, yo nunca he sido pendenciero ni he concedido demasiado valor al derecho de propiedad, pero aquella conducta me hirió profundamente. Sentí angustia y noté que el corazón me dolía. Mishka me dice: “Me he puesto su chaqueta como un disfraz, nada más. Sólo por broma.” Yo grité: “¡Quítate la chaqueta, cerdo!” Mishka dice: “¿Cómo voy a desnudarme delante de una dama?” Yo grito: “Aunque hubiese seis damas, te quitas la chaqueta, cerdo.” De pronto Mishka coge la botella de vodka y me da con ella en la cabeza...

En este punto el médico interrumpe el relato y dice:

– Ahora se comprende todo. Y desde ese momento padece usted de insomnio y duerme mal.

– No –dice el enfermo–; entonces todavía dormía bien. Precisamente entonces dormía a pierna suelta.

El médico dice:

– ¡Ah! Pero cuando se acuerda de esa ofensa no puede dormir, ahora lo veo claro: el solo recuerdo yo le soliviantaba.

El enfermo contesta:

– Bueno. En el primer momento, quizá. Pero, por lo demás, hace mucho tiempo que lo he olvidado. Desde que me separé de mi mujer ya no he vuelto a pensar en ello ni una sola vez.

– ¡Ah! ¿Está separado de ella?

– Sí, me separé. Y me casé con otra. Y luego con una tercera, y después con una cuarta, y he dormido siempre admirablemente. Pero desde que mi hermana llegó del pueblo y se insta-

lío en mi habitación con todos sus niños, he dejado de dormir. Llego del trabajo a casa, me echo, y no puedo conciliar el sueño. Los críos andan alrededor, arman jaleo, juegan y se burlan de mí. Y no puedo dormir.

– Un momento –dice el médico–; de modo que son los niños los que no le dejan dormir.

– Naturalmente. Ellos son los que me molestan. Pero aun sin ellos tampoco puedo dormir. La habitación es pequeña y, además, es un lugar de paso. Y hay mucho trabajo. Y la alimentación es insuficiente. Uno está cansado. Pero uno se echa y no puede dormir.

– Bueno, pero si no estuviesen los niños..., sí. Supongamos... que hay silencio absoluto en la habitación.

– Tampoco puedo dormir. Durante las fiestas, mi hermana se marchó al campo con los niños. Cuando empezaba a dormirme, llegó la vecina –esa mala arpía–; llevaba unas brasas de carbón y pasó por mi cuarto. Tropezó y me echó el carbón encima. Quiero dormir y me doy cuenta que no puedo hacerlo porque la manta se quema. Y al lado, además, alguien toca la mandolina. Y los pies se me abrasan.

– Oiga usted –dice entonces el médico–, ¿a qué diablos viene a verme? Vístase. ¡Está bien, está bien! Le recetaré unas pastillas.

Detrás del biombo se oye suspirar y bostezar, y al poco rato aparece el hombre del rostro ceroso.

– El siguiente –dice el médico.

El hombre gordo que antes se había mostrado tan preocupado por el libre comercio, desaparece detrás del biombo. Pero mientras se dirige hacia allí, hace un ademán de desilusión con la mano y murmura:

– No es un buen médico. Muy superficial. Este tampoco me curará.

Contemplo su cara y veo que seguramente tiene razón. La medicina no podrá curarle.

